



# BLANCA OSCURIDAD

*Primer Libro*

BLACK MAGIC SAGA



01 MARCH 2024  
MIRANDA O. CAMILLONI

*A mi misma, porque  
creí y no deje de  
imaginar.*

# CONTENIDO

<b><i>PRÓLOGO</i></b>	<b>4</b>
<b><i>Capítulo Uno</i></b>	<b>8</b>
<b><i>Capítulo Dos</i></b>	<b>29</b>
<b><i>Capítulo Tres</i></b>	<b>46</b>
<b><i>Capítulo Cuatro</i></b>	<b>59</b>
<b><i>Capítulo Cinco</i></b>	<b>70</b>



# PRÓLOGO



Una vez que la oscuridad es la única que seca las lágrimas cuando la luz del sol es demasiada, aprendemos que el miedo no es una opción.

Pero entonces, llega un lado más oscuro del negro, un lugar donde nuestros recuerdos nos torturan como un castigo del mismo infierno. Y a eso, lo llamamos oscuridad blanca, cuando el sol quema la carne ya herida de los corazones que esperan que olviden. Es un sótano donde el amor daña en lugar de curar y el bien no capta realmente su verdadero significado nunca.

En esta tierra, cuando antes había un orden, ahora lo que debería ser está obsesionado por lo que uno quiere que sea. Entonces, cuando se les pregunta quiénes son realmente, la pared frente a ellos duele y no se desmorona incluso si la golpean. Un callejón sin salida es lo que los atrapa durante mucho tiempo, incluso cuando intentan saber si lo que les habían dicho es lo que realmente importa. El amor nunca los salvará, eso fue lo que se les ha dicho durante un tiempo inútil de su vida, por redundante que pueda sonar. No los curará, nunca les servirá de nada atreverse a sentirlo cerca de sus nervios, carne y huesos. Deja de lado el cerebro y el corazón.

No existía, lo sabían. Solo había oscuridad que nunca compartirían con nadie. Y entonces... ¿Por qué lo preguntaron?

¿Por qué era tan difícil controlar algo que nunca habían querido poseer y reclamar ahora que todo esto estaba sucediendo?

No existía.

Pero ¿por qué pensaban que lo hacía ahora? ¿Había cambiado algo dentro de esta tierra de horrores? Por supuesto que no. Tal vez las esperanzas se habían elevado demasiado para ser siquiera alcanzables para cualquier ser habituado a este mundo; Oh, la esperanza era tan peligrosa para los pobres corazones expuestos que ardían en el fuego de sus miedos. Ahora había creencia, había religión...

Y luego viene esta pregunta, ¿alguna vez hemos sabido realmente lo que es el amor? ¿O es que simplemente nos dejamos engañar por el significado que nos han enseñado a contemplar toda nuestra vida? ¿Entendemos realmente lo que significa amar a otro y a nosotros mismos? Déjame decirte la respuesta: no.

Todo lo que significa el concepto de vida, hemos creído saber, por el diccionario, lo que es amar, pero nunca de corazón.

Hemos interiorizado el significado de otras personas a las que enseñamos, y otras antes que ellas y así sucesivamente hasta llegar a nosotros.

¿Entendemos completamente lo que realmente significa el amor verdadero? Ciertamente, el amor verdadero no es lo que vemos en las películas románticas populares. Por lo general, cuando las personas hablan de amor verdadero, piensan en la atracción efímera, un enamoramiento que debería durar para siempre. Y no, el enamoramiento no tiene nada que ver con el amor verdadero, profundo y poco convencional.

El amor verdadero es en realidad un trabajo extremadamente duro, pero el trabajo más gratificante y satisfactorio que alguien podría haber hecho.

Nosotros, como seres existenciales, nunca hemos sabido o experimentado lo que realmente es, solo creemos que sabemos.

¿Y qué es saberlo todo si no sabes realmente lo que es cada cosa?

Las mentiras y los secretos ahora han quedado tan expuestos que no había oscuridad para ocultarlos más.

La blanca oscuridad que acecha a las verdaderas pesadillas, las que se experimentan mientras se está completamente despierto, ha encontrado su camino a través de las llamas más oscuras que las confinaban y protegían en sus aposentos, y ciertamente se había convertido en la forma más pura de la luz blanca del sol.

Así que la verdadera pregunta aquí era... ¿Existe ya una oscuridad final?

¿O es que nos hemos vuelto tan poco libres dentro de nosotros mismos que ya nos ha tragado?





## CAPÍTULO UNO



### *Reina de Hielo*

*Reino de Eskarya, Instituto Gleaxsiara  
Viernes 23 de septiembre*

La rebelión.

La guerra que cambió el mundo.

Al descender del Paraíso, dos dioses, hermanos, comenzaron un nuevo régimen juntos. Aztra, la mayor y diosa de los espíritus, estaba representada por sus compañeros habituales, los dragones, antiguas criaturas que gobernaban el mundo. Y Osnos, el más joven, dios de la resistencia, representado por una quimera y su inmensa dureza.

La mayor gobernó el mundo en paz en el reino de Eskarya, cuidando de su pueblo, enseñando las artes de la Magia Elemental y los diferentes usos de esta. Aztra comenzó entonces a conquistar nuevos territorios, expandiendo las tierras de su imperio, pero también dejándolas vivir en paz. Comenzó a generar más recursos y trajo fortuna al reino, convirtiéndola en la Reina Dragón, una mujer que protegía a su pueblo y destruía a todos los que intentaban mutilarlo. Fue amada, adorada y reverenciada. Era sagrada, un regalo de lo alto.

Esto enfureció a Osnos, el más joven, quien, lleno de avaricia y materialismo, gastó el dinero del pueblo en sus deseos egoístas. Él, ahogado en celos y enfurecido con su hermana y la gente que se inclinaba ante ella, comenzó a reunir un ejército para tomar el reino por la fuerza. Comenzó a correr la voz de las recompensas que daría si su hermana era traicionada y arrancada de su trono. Matando a miles de personas que no se unieron a sus fuerzas.

Aztra fue informada de los asesinatos, la devastación, y trató de detener a su hermano, pero él no quiso escuchar. Estaba enojado con ella, celoso del amor que se suponía que debía ser para él porque él era el hombre, él era el más fuerte, ella no. Trató de quitarle la corona, pero fracasó en el intento. Aztra luego lo expulsó del reino, lo que lo enfureció aún más.

Osnos le declaró la guerra a su hermana, y comenzó a crear armas, bestias que la destruirían. Los llamó los Phantominds, soldados hechos de sombra y odio, capaces de aniquilar cada gramo de magia y vida. También descendió al Infierno, liberando al hijo de su hermano perdido, Hekenar, para que reinara a su lado.

La guerra comenzó, y con la desventaja de no tener tales armas, el ejército de Aztra comenzó a perder muy rápidamente. Se destruyeron pueblos, pactos, tradiciones y lazos familiares, todo destruido por los celos de un solo hombre.

El asesinato de las siete hijas de Aztra le rompió el alma, pero su esperanza se elevó cuando se enteró de que una de ellas había dado a luz a una niña. Aztra se aseguró de esconder a la hija, mezclándola con familias nobles que la protegerían. Aun así, esto no fue mucho para superar a su hermano, las invasiones de países junto a la rápida disminución de su ejército la hicieron recurrir a una medida extraordinaria. Así que, sabiendo que no ganaría la guerra, creó un plan que algún día traería alivio al mundo.

Ella creó una profecía, un espíritu que acogería al dragón dentro de la séptima generación de la niña que había sido salvada.

Osnos ganó la guerra con injusticia y Aztra fue asesinada en batalla por él, sin saber de su plan secreto.

Luego tuvo lugar en Eskarya como rey.

Y condenó a todos los que lo cuestionaron.

Fue entonces cuando se produjo la Mezcla. Seres mágicos y criaturas mezclados con los No Encantadores, personas sin habilidad mágica, que conviven por igualdad.

La paz, hasta donde llegaba, había gobernado durante unos cuantos años mientras se curaban las cicatrices y el trauma de la guerra, hasta que dos años después de la rebelión un movimiento terrorista llamado La Abolición, de Kashber, comenzó a rebelarse contra los gobiernos del rey Osnos.

Al principio de todo, no había sido tan malo. La abolición había comenzado con el difunto fundador Vasil Israilov, seguido ahora por su hijo, el “Gran General” Nikolay Israilov. Este grupo eran personas que todavía creían en Aztra, y se negaron a extinguir su nombre de sus lenguas como lo decía la nueva ley. Querían vengarse de la reina que una vez tuvieron, y afirmaron que un heredero suyo todavía estaba escondido en algún lugar, esperando el momento de traer fortuna y demoler al malvado rey. La matanza de los descendientes de Osnos comenzó cuando Vasil apareció muerto en el centro de Kashber. La gente se había levantado entonces y se había entrenado como un ejército para conquistar los territorios que una vez fueron reclamados como de Aztra.

Osnos, al enterarse de que muchos de sus hijos e hijas habían sido perseguidos por el continente Atax, envió al ejército eskario a luchar hasta Kashber.

Para entonces, el ejército liderado por el hijo de Vasil comenzó a infiltrarse dentro de Shiat y Monatry, liberando a la gente y ganando fuerza como unidad.

Pasaron siglos y la guerra continuó. Osnos siguió viviendo debido a que era un dios y gobernó con mano de hierro junto a su sobrino y aunque su ejército había logrado contener el crecimiento de los tres países en territorio y por lo que todos sabían, La Abolición estaba siendo derribada.

Por supuesto que esto no era cierto.

Muchas familias habían enviado a sus hijos e hijas a luchar, pero muchos de ellos se negaron a sacrificar su núcleo mágico y morir. Ese era el nuevo problema ahora, la falta de ejército.

Por eso, una chica bonita había robado papeles de la oficina de su padre, con la esperanza de poder tener más información sobre la guerra.

— Leevanna.

Lhu O’Neyl esperó un segundo, sintiendo que el café y sus rizos blancos le devolvían el saludo por el viento fresco del exterior. Y a pesar de que su estatura de metro setenta le permitía ver que su mejor amiga estaba concentrada en algo, tuvo que caminar de puntillas por el suelo para ver qué era tan interesante. Pero cuando vio páginas de algún tipo, pensó que era un libro, así que esta vez lo regañó.

—¡Leevanna!

A pocos metros de distancia, una chica de pelo blanco estaba siendo iluminada por la luz de la luna y, sin apartar la vista de su increíblemente fascinante papeleo, respondió, casi tarareando: — ¿Hm?

—Es hora de cenar. ¿Y no te he dicho que no te pierdas en la lectura cuando está oscureciendo?

—Uf, lo sé... Pero estos documentos son muy interesantes — se quejó, cerrando el archivo con fastidio antes de levantarse de su asiento y comenzar a seguir a la chica de piel aceitunada.

—Si no llegara a ti, los Phantominds lo harían, al menos gracias — Lhu, mirándola con sus grandes ojos ámbar, le sacó la lengua. La chica de cabello blanco, riendo tranquilamente, le dejó un beso en la mejilla agradeciéndole y dejando que Lhu tomara su mano.

Un *gran* gesto de su parte, algo que sorprendió a Lhu, quien le sonrió alegremente y la sostuvo por el brazo, para que su cabeza quedara encima de la de su mejor amiga.

Al de ojos de jade no le gustaba que lo tocaran. Lo despreciaba.

Era común que reaccionara de forma agresiva o incluso se asustara si alguien se atrevía a hacerlo. Esa era la razón por la que había usado guantes de cuero negro en su primer año.

—¿Qué estabas leyendo de todos modos? — preguntó Lhu con curiosidad, al ver que su mejor amiga abría de nuevo el archivo que tenía en las manos mientras caminaban. —¿Es eso... ¿Se trata de los ejércitos? ¡¿De dónde lo has sacado?! — mientras sus manos tiraban de los papeles del archivo, Leevanna la hizo callar.

—Son de la oficina de mi padre — Lhu la miró con los ojos muy abiertos, asustada. —Lo sé, lo sé, pero tengo la intención de pedirle a Maglor que me los devuelva. Está de viaje, mi padre, así que no se dará cuenta — suspiró. —Pero mira —señaló con el dedo una línea. — Al menos ahora sabemos que tu primo y el mío están vivos — sonrió.

Fue el turno de Lhu de suspirar, —Esos idiotas — negó con la cabeza. —Ni siquiera yo entiendo cómo se ofrecieron como voluntarios. No puedo creer que mi tío haya dejado que Ashton entrenara con No Encantadores.

Los padres de Leevanna le habían enseñado a no confiar nunca en un No Encantador, o en un Híbrido (gente nacida de la Mezcla de razas mágicas y No Encantadores) porque habían creado monstruosidades para la raza mágica. Especialmente su padre era el que la había traumatizado por ello, y aunque no entendía el significado de esas palabras, había absorbido esa idea y la había interiorizado como una especie de mantra. Y había una cosa

llamada elección, que ella no llegó a tener, nunca. Tenía que seguir esa creencia, no por ella, sino por miedo.

Hubo momentos en los que cuestionó esas ideas, la forma en que sus padres la habían obligado a crecer y las cosas que había tenido que aprender a través del castigo. Pero luego estaba esta pregunta: ¿Qué diferencia haría eso? ¿Empezarían a quererla sus padres? En absoluto. ¿Podría dormir más de dos horas? No. ¿Eso borraría sus traumas?

Era una buena broma.

Tenía que seguir esos pensamientos, tenía que ser mala con ellos, *tenía que hacerlo*, se lo decía a sí misma todas las mañanas y a cualquier hora del día. Necesitaba un recordatorio.

A medida que avanzaba la conversación con Lhu, el cabello rizado hizo una pregunta: —¿Pero por qué tienes esos documentos? — Lhu frunció el ceño. —Realmente no puedes hacer nada.

—Ahí es donde te equivocas.

Lhu la miró fijamente, —¿Qué quieres decir? — preguntó. — No es posible que estés pensando en ir a la guerra, ni siquiera eres mayor de edad.

—No exactamente — Leevanna se mordió el interior de la mejilla. —Pero puedo ayudar con estrategias, están fuera de estrategias.

—Tu padre nunca te dejaría; lo sabes — los ojos de Lhu volvieron a fijarse en su amiga. —Eres una mujer y una de la realeza. Él moriría antes que dejarte.

—Él no tiene por qué saberlo.

Leevanna acomodó su cabello, tenía unas hermosas trenzas y tenía que asegurarse de que todas estuvieran todavía en su lugar. Lhu la miró por el rabillo del ojo mientras caminaban hacia la entrada del Salón de Banquetes.

Aunque la morena conocía a la canina desde hacía años, había algunas cosas que Lhu estaba tan intrigada por preguntar, pero al mismo tiempo temerosa. Podría ser que tal vez muchas veces hubiera gente que le preguntara cómo se las había arreglado para estar al lado de Leevanna sin recibir una mirada amarga o incluso un grito cuando la tocaba.

Lhu *sabía* que era dura, de verdad. Había tardado algún tiempo en poder empezar a indagar, pero entonces la propia Leevanna había empezado a hacerlo, abriéndose a la que ahora llamaba su *mejor amiga*. Y aunque al principio era difícil de entender, Lhu se había enterado de que Leevanna estaba llena de recuerdos oscuros que, con el paso del tiempo, se habían convertido en secretos aterradoros que solo podías imaginar que sucedían en el mismo pozo del Infierno. La infectaron, la dejaron cruda en magia negra.

Leevanna realmente la mayoría de esos recuerdos bloqueados, como cualquier persona que ha pasado por traumas, como un mecanismo de defensa para protegerse; razón principal por la que llegar a entenderlos fue particularmente difícil para Lhu reconstruirlos, por la razón de que todos parecían estar conectados de alguna manera.

Lo principal que Lhu había descubierto, no por su propia voluntad, era que esos secretos hacían grandes explosiones con las *cosas más simples*, al igual que la gasolina al lado del fuego. Leevanna tendía a tener *episodios*, al menos así los llamaba: podían ser depresivos o enojados, dependiendo de cuál hubiera sido el desencadenante.

La mayoría de las veces eran de noche, debido a sus pesadillas, pero luego llegaban en verano o en días festivos. Y había una razón por la que nadie, excepto una vez, la había visto tener esas explosiones: podía causar un daño irreversible.

Pero ¿cómo iba a notar la gente la forma en que estaba rota detrás de la fachada de ese hermoso cabello blanquecino que cuidaba todos los días, su figura bien formada que cautivaba a la

mayoría de la gente y esos ojos de jade que eran tan claros como el vidrio, decorados con pestañas largas y gruesas, terminando con labios rosados y carnosos que dejaban escapar las cosas más significativas y burlonas de ellos? Y esa piel tan blanca e impecable que tenías fantasías de poder tocarla y sentir su textura...

Leevanna Vaughan era la persona más leal que Lhu había conocido. Era como una niña todavía, divertida y torpe, pegajosa a veces tan sensible, aunque era muy mala si quería.

¿De dónde sacabas un hechizo para ser como ella? Era muy inteligente, brillante, y aunque era fría y emocionalmente distante con el resto, les caía bien.

Todo el mundo hablaba siempre de ella.

«¿Por qué la Reina de Hielo?» «La forma en que te mira con tanta frialdad... La forma en que había parecido construir un imperio con esos muros de hielo que la rodeaban. Cómo todo el mundo está siempre dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. Es hermosa pero hiriente.»

Pero Lhu sabía que su mejor amiga, *su hermana*, no era solo una cara bonita, no era solo un adorno para mirar. Leevanna lo era todo, era el todo. Todos los demás giraban en torno a las cosas que hacía, la forma en que se comportaba, por qué era tan única y rara entre los demás. ¿Por qué sus ojos parecían tan fríos, tan desesperados? ¿Por qué reaccionaba tan mal si alguien la tocaba? ¿Por qué cada vez que tus ojos se posaban en ella sabías que no lo tenía fácil, que su cerebro no era su aliado?

La forma en que pensaba era tan fascinante. Podía decir una cosa al principio, pero luego escuchar al resto de la gente y se reducía a su propio tipo de idea.

Leevanna era fuerte, y no solo en magia, sino también en resistencia. Después de todo lo que había pasado, todavía estaba allí, de pie. Su cerebro era capaz de llevarla al extremo hasta que



entrara en pánico, pero luego podía hacer que se apagara y se oscureciera cuando la luz dentro de ella se apagaba.

Sus demonios siempre la acompañaban, siguiéndola y persiguiéndola, burlándose de su debilidad emocional. Demonios que arañan sus intestinos, retorciéndolos hasta vomitar, colgando como monos sobre sus venas de sangre fría, y pliegan su espíritu sobre sí mismo, como hormigas que adormecen su cuerpo dejándola con el incesante cosquilleo en su piel mientras es succionada como polvo frente a una aspiradora hacia el oscuro abismo de su dolor.

El tormento en sus ojos la persigue de todas las formas posibles, asustando cualquier posibilidad de ser feliz. Por qué nadie la vio sonreír. Por qué nadie la había visto ni oído llorar ni admitir que lo estaba pasando mal. Podía ser tan dulce y gentil si quería, ayudar a las personas que la rodeaban sin pedir nada a cambio, o ser la persona más mala que jamás había nacido.

La forma en que controlaba todo lo que la rodeaba solo para sentirse bien y segura consigo misma. La necesidad que tenía de saber que, si era juzgada por sus actos, nadie le daría piedad. Nunca.

Pero Lhu nunca tendría envidia de ella (sabía tantas cosas sobre Leevanna que eran simplemente temibles, pero no tenía miedo), así que cuando alguien le preguntaba si haría algo para ser como Leevanna, Lhu siempre decía *que no*.

—Y hablando del maldito diablo — resopló Leevanna, sacando a la morena de sus pensamientos y mirando hacia adelante, (haciendo que las pequeñas joyas que había hecho parecieran hacer brazaletes de amistad con la chica que tenía a su lado), directamente a Eisdrache Vailant, que se había sentado frente a ellos con una sonrisa juguetona.

—¿Otra vez hablas de mí, cariño? — dijo el chico sin siquiera saludarla y desafiándola con la mirada.

—Estábamos hablando de lo irritante y jodidamente molesto que eres, *cariño* — respondió ella y soltó todo el sarcasmo posible sobre la última palabra terminando con una sonrisa con el mismo sentimiento. —¿Quieres unirte a nosotros?

—El hecho de que mi nombre sea esa cabeza tupida es suficiente para mí — entonces Eisdache le guiñó un ojo haciendo que la peliblanca pusiera los ojos en blanco con molestia antes de hacer un gesto de disgusto.

—Vete a la mierda, Vailant — su tono de voz era aburrido. — Nos daría a todos una buena risa si cierras esa boca tuya por una vez.

—Mira quién habla de cerrar...

—¿No me escuchaste? Cállate la boca antes de que llame a tu papá.

—Pequeña estú...

—Y ahí va otra vez — la chica puso los ojos en blanco, molesta. —¿Necesitas una cremallera?

Eisdache le sacó el dedo corazón. —Al menos no tengo un nido sucio y tupido como pelo.

—Oh, ¡¿así que me vas a joder ahora?! ¿Qué dijiste de mi cabello? — sus manos golpearon la mesa mientras se levantaba.

—¡Que parece un nido lleno de mierda de pájaro!” Sus manos también golpearon la mesa y se puso de pie. Ambos se miraron con los ojos entrecerrados.

—El tuyo parece una puta comida de espagueti, pero quemada y cruda — se defendió terminando con una sonrisa sarcástica. El contacto visual se intensificó. Jade cristalino frío y gris pálido resplandeciente.

—Siéntense, mocosos malcriados — se rió Mason Stein. Ambos adolescentes se miraron el uno al otro y resoplaron antes de sacarse el dedo medio.

—Al menos sé que vengo de la realeza mágica pura — los ojos de Leevanna brillaron con orgullo y suficiencia. Su cabello blanquecino revelaba que descendía de la antigua de las familias mágicas. El lado materno de los ojos de jade se redujo a seis generaciones, todas mujeres, terminando con la niña, que era la séptima, proveniente directamente de la realeza.

Eisdrache puso los ojos en blanco. —De lo único que vienes es de Gryrkus — su pelo platinado con mechones negros echado hacia atrás por sus dedos. Leevanna sacó la lengua.

A su alrededor, todo el mundo hablaba de la escuela que se refugiaría en el Instituto de Bellas y Oscuras Artes Mágicas de Gleaxsiara. Debido a que La Abolición amenazaba con apoderarse de Kilska, el ministro de dicho país hizo al rey la solicitud de transferir a los estudiantes de la Academia de Magia de Stouvania a Gleaxsiara y protegerlos a ellos y a sus estudios, mantenerlos alejados de la guerra.

Era cierto, hasta cierto punto, pero Leevanna, ahora que había leído el documento de su padre, sabía que la verdad era otra. Más cruel, cruda y ardiente como las llamas del fuego. Era una necesidad, lo sabía, pero eso no lo hacía correcto. La falta de recursos y soldados para el ejército había hecho que el rey y los generales del ejército tomaran decisiones, por lo que crearon lo que sería el Torneo Paragón Elemental de Física y Magia que se realizaba todos los años. Había comenzado hacía casi treinta y cinco años. Alojaba veinte campeones que eran seleccionados de un duelo entre casas y estudiantes, y luego los seleccionados competirían en cinco pruebas, cada una por un elemento. Solo cuatro quedaban ganadores, lo que los convertía en Altos Almirantes de los ejércitos elementales. Los otros dieciséis que no ganaron se repartieron entre generales, capitanes y soldados, dependiendo de lo cerca que hubieran estado de ganar.

Su mirada pasó entonces a través de la nueva tripulación que conviviría con ella. La Academia Stouvania había llegado unas horas antes en una caravana de Pegasos despilfarradora hecha de

los mejores materiales, como oro y diamantes. La escuela practicaba gran parte de la Pureza, el movimiento que decretaba a los No Encantadores como seres mágicos y reales.

Kilska era conocida por su extensa población de Kereys, descendientes de los primeros Pegasiphix que aterrizaron en la tierra. Estas hechiceras solían ser Clarividentes y Videntes de gran conocimiento que controlaban la Proyección Astral Adivinadora. Su sangre se usaba generalmente para pociones de belleza e inteligencia. También eran muy poderosos cuando se trataba de los elementos fuego y tierra.

Este país fue administrado por Óegnus Kyai, el hijo de un espía del gobierno dentro del ejército de la hermana de Osnos en la Primera Rebelión. Su padre había sido la clave para destruir Aztra desde dentro, y ahora su hijo era director y ministro de Kilska.

En Kilska no vivía ningún No Encantador, solo razas puras y algunas familias híbridas, pero era principalmente el centro neurálgico de los ejércitos, entrenando a sus estudiantes para que algún día formaran parte del ejército. Esa era la razón por la que Stouvania había venido a quedarse dentro del Instituto Gleaxsiara, para que pudieran estar a salvo.

Unos minutos más tarde, todos estaban instalados. Se habían colocado otras dos mesas grandes para la nueva escuela.

Leevanna recorrió con los ojos la mesa de los profesores. Angelice Laverne, la jefa de la Oficina de Deportes y Torneos, y la amante del Jefe de Elementos, estaba presente. Leevanna entrecerró los ojos ligeramente. Los engranajes de su cerebro funcionando. Sus ojos se fijaron entonces en Sthepon Reeves, que asintió una vez con la cabeza. Leevanna imitó su movimiento.

—Buenas noches, mis queridos estudiantes y compañeros de Stouvania — al oír las palabras de la directora Harmony Armstrong, todas las miradas estaban puestas en ella. —Hoy, como muchos de ustedes ya saben, damos la bienvenida a la Academia Stouvania dentro de nuestras paredes... — ante los

susurros que esto comenzó, chasqueó los dedos, silenciando a toda la sala. —Es un secreto para ninguno de nosotros que estamos en guerra, y que nuestros recursos para el ejército que nos ayudará están disminuyendo rápidamente... Entonces, el Parlamento ha decidido fusionarnos para el Torneo Paragón... — una mirada severa en su rostro. —Ahora le daré la palabra a la señorita Angelice Laverne para que hable de ello... Por favor, señorita.

La mujer, con el pelo castaño rojizo que le llegaba a las caderas perfectamente recogido en una cola de caballo, se levantó de su asiento y caminó hacia el podio.

—Buenas noches — saludó, todos los alumnos le respondieron. —Con los recientes ataques a Kilska y Anthal, el Torneo Paragón ha sido diseñado para albergar a la mayor cantidad de campeones, que no deben ser pusilánimes, ya que requiere una gran fuerza mental y un control perfecto de su elemento dado... Una última advertencia... Una vez que estás dentro, no hay salida — y Leevanna juró que la mujer de túnica oscura la estaba mirando. — Las mujeres de la Casa Vasilka de Gleaxsiara todavía no van a participar... Esto se debe a su deber para con sus familias, que ya han estado de acuerdo — luego los ojos de Angelice recorrieron el comedor. — Los estudiantes deben ser de sexto año en adelante, y participarán en cinco pruebas, todas ellas involucrando los elementos. Dicho esto, les concederé mucha suerte.

Mientras continuaban los vítores y los aplausos, Leevanna se mordió el labio.

—Por supuesto que no quieren que participe una mujer de la realeza — resopló Freya Sagecross. —El deber para con nuestras familias, *pura mierda*.

—No te persignes, linda — sonrió Rhazel llevándose una uva a la boca. —Deja que los hombres se encarguen de la guerra — Thea Levine le arrojó un pedazo de zanahoria, todos se rieron.

Leevanna permaneció en silencio.

Sí, tenía un deber. Un uno que debe cumplir.

Unas horas después de la cena, cuando todos estaban durmiendo, se apresuró a esconderse en un rincón de la sala común de la Casa Vasilka para terminar de leer los documentos. Odiaba la hora de acostarse, siempre tenía pesadillas sobre *ese* día, ese día horrible y traumático.

El aura elegante y aristocrática la hizo suspirar aliviada. La sala común de Vasilka era como su refugio, había sido como su hogar durante los últimos cuatro años. En lo profundo del ala oeste de la torre del castillo, se encontraba la cueva real para los nacidos de la realeza buceada en dos espacios. Tenía seis niveles, todos girando alrededor de la sala común principal. Arriba de los tres pisos principales estaban para el primer, segundo y tercer año.

Las paredes, pintadas en color crema intenso y adornadas con ricos paneles dorados, albergaban marcos dorados que albergaban retratos de luminarias del pasado que han adornado los pasillos del Instituto, sus miradas severas parecían impartir grandeza y sabiduría intelectual a todos los que pasaban. Algunos de ellos tienen estanterías de caoba oscura talladas alineadas. Siglos de conocimiento escritos en todos los libros que allí residen. Ventanas altas y arqueadas enmarcadas con cortinas pesadas que se pueden apartar para revelar vistas panorámicas de los jardines meticulosamente ajardinados que hay más allá. La luz de la luna fluye a través de ellos.

Una gran chimenea está tallada en el centro de una de las paredes. Un fuego siempre ardiente crepita en el interior, proyectando sombras sobre el lujoso mobiliario de la habitación. Lujosos sillones y un sofá de cuatro cuerpos, tapizados en suntuoso terciopelo adornado con almohadas con borlas, giran alrededor de la chimenea y ofrecen asientos de confort donde se desarrollan conversaciones y debates. Se dispersan diferentes tipos de velas hechas de oro.

Mesas de madera oscura pulida estaban esparcidas por toda la habitación, cada una adornada con una variedad de plumas, tinteros, bolígrafos, lápices y pergaminos, listos para capturar las reflexiones y descubrimientos de quienes se reúnen aquí. Un gran globo terráqueo adornado descansaba en un rincón, una representación tangible de los vastos reinos del conocimiento que el Instituto Gleaxsiara busca explorar. Hay un rincón de la sala donde se encuentran dos sofás y varios sillones de felpa, una mesa de oro y cristal que ofrece a las personas que se sentarán diferentes tipos de dulces y frutas para comer. Jarrones con rosas, peonías, hortensias y más decoran toda la sala común, al igual que las enredaderas que cuelgan de las esquinas de los techos.

Adornos dorados de mariposas decoran las paredes.

El aire está lleno del aroma del cuero envejecido, el leve aroma de la madera pulida y la delicada fragancia de las flores frescas meticulosamente dispuestas. De fondo se escuchan los suaves acordes de un cuarteto de música de cámara, que proporcionan una sofisticada banda sonora a la sinfonía de ideas que llena el aire. Es dulce y a la vez fuerte.

Clavado por dos arcos en las paredes, separado de la torre estaba el segundo espacio de la habitación, utilizado principalmente para el descanso y las noches de juego que tenían los pequeños Vasilkas. Era como un invernadero. Ventanas arqueadas alineadas una al lado de la otra. Cortinas ligeras que los adornan. Todo tipo de flores y plantas estaban esparcidas por la habitación, llenándola de un aroma floral. Más mariposas alrededor de la habitación como enredaderas.

El techo era una cúpula que ocupaba la mayor parte de ella, con vidrieras que pintaban la habitación con un caleidoscopio de colores que cambiaban con el paso de las horas. Grandes sofás en una esquina de la habitación, había más sillones de felpa.

El suelo tenía un espacio en el centro, cubierto de cristal e iluminado con el resplandor tranquilo y oscuro, turquesa-plateado, del lago Attlely, una división del océano Winterwave,

que dejaba pasar flotando de vez en cuando las siluetas oscuras de los Raidnes, los Ondines y los peces, dejando que sus siluetas sombrearan los techos y las paredes.

Pero no da miedo, al menos no para ella.

Recordaba lo horribles que eran las siluetas informes que eran los árboles de su mansión, el sonido del viento rompiendo la madera y deslizándose por los diminutos espacios de la ventana haciendo ruidos aterradores que la mantenían despierta toda la noche.

Las formas oscuras que pasan por detrás de las ventanas le resultan muy relajantes porque sabe lo que las provoca.

Y el viento no puede colarse a través de los espacios diminutos. En cambio, el tic-tac del reloj junto a la madera consumida por el fuego la relaja como ninguna otra cosa. Le encantaba cómo los diferentes tipos de sillones, sofás y mesas, desde terciopelo, cuero y gamuza hasta mármol negro, madera y granito, combinaban tan bien, pero al mismo tiempo tan mal. Todo iba bien de alguna manera. Era como si cada parte del lugar representara una pequeña parte de todas las personas en la sala común, tan diferentes, pero a la vez tan similares entre sí.

Pasó su mirada a través de las esmeraldas profundas, platas brillantes, mármoles claros y negros abismos que la rodean mientras el resplandor amarillento anaranjado de una chimenea ilumina su rostro pálido e inquieto, vuelve a suspirar.

A eso de la una y media de la madrugada, levantó la vista de las páginas del expediente cuando oyó pasos que se acercaban a ella y se apresuró a transfigurar el expediente del despacho de su padre a un libro que había estado leyendo el día anterior. No podía dejar que nadie supiera que los tenía, especialmente el profesor Reeves. Sacó una pequeña daga del costado de su camisión y recorrió los ojos entre las sombras. Había uno, más grande y alto que los de afuera, no estaba iluminado por el fuego, venía de un rincón. Se giró cuando vio que se movía hacia la derecha. Su



mano sujetaba el mango con fuerza. Evitando sacar una palabra de su boca, se acercó a la esquina donde estaba la sombra. Entrecerró los ojos. Juró que vio...

Una mano le rozó el brazo.

Su daga en su cuello.

Pero contuvo la respiración cuando apareció un rostro familiar. Uno que ciertamente odiaba ver.

—Carajo, mujer — gruñó él, tratando de apartarla, ella entrecerró los ojos hacia él. —¿Estás loca?

—Tú eres el que acecha en las sombras — le dijo. Había acumulado energía para nada. Apartándose y guardando su daga, sus ojos se desviaron hacia el rincón en el que había visto la sombra. Frunció el ceño. Ya no había nada allí.

—¿Estás buscando algo? — preguntó ahora que no había peligro para él.

—Sí — se volvió hacia él. —La parte en la que pedí tu presencia — una sonrisa sarcástica se mantuvo por un segundo, antes de desaparecer de su rostro. —Verte me pone muy enfermo— sus ojos parpadearon. Le incomodaba tener una figura tan alta ante ella. Especialmente un hombre. Le hizo recordar a su padre.

Parpadeó y luego, ignorando sus palabras, procedió a agarrar el libro en el sofá y comenzó a hojear las páginas. —Leyendo terror psicológico, ¿verdad? — sonrió. —Este no es un libro para una señorita — sus ojos se posaron en los de ella. —Por supuesto que no eres una dama, ¿verdad, Gyrku? — él había venido con ese apodo para ella en su primer año, cuando se enteraron de la existencia de esas criaturas. Cosas malas eran, coexistiendo con los Ondines, los espíritus del agua, de los que se decía que eran los guerreros del mar.

—Dámelo — gruñó tratando de agarrar su libro. Él levantó el brazo y la vio de puntillas.

—No, no — su sonrisa engreída volvió a su rostro. Ella gruñó. —Estamos de mal humor, eh — se rió, sentándose en una esquina del sofá detrás de ellos. Señaló con los ojos el otro lado del sofá, invitándola a sentarse. Ella permaneció con la barbilla en alto, mirando hacia otro lado por un segundo, antes de mirar hacia atrás. *Obedece*, fue lo primero que se le pasó por la cabeza. Tenía una mirada, una que ella reconocía bien. A su padre le pasaba lo mismo cuando quería algo. *Eres mujer*, fue la segunda. *Recuerda tener obediencia hacia los hombres*, fue la tercera.

Así que se sentó.

Ambos estaban en pijama.

Aunque mantener la boca cerrada no era algo que le ordenara: —¿Qué estás haciendo aquí? ¿No fue suficiente mi pequeña advertencia en la cena?

Por mucho que lo odiaran, esta no era la primera vez que se encontraban en esta situación similar. Rara vez era esporádicamente, pero sucedía.

La mayoría de las veces uno de ellos se iba a su dormitorio tan pronto como aparecía el otro, pero había otros en los que simplemente coexistían en silencio, tal vez en el mismo sofá, tal vez por separado. Afortunadamente por su precioso bien, nadie sabía de esto, solo ellos, y era mejor mantenerlo así. Las pequeñas charlas y las miradas secretas se guardaban mejor en la parte más profunda del lago.

—Hazme el honor de callarte — él puso los ojos en blanco, ella evitó reírse con una sonrisa. Con las piernas en el sofá, apoyó la cabeza en el puño. —Tengo insomnio, si no lo recuerdas — sus ojos se posaron en los de ella durante un segundo, el aire escapó de sus labios. Conteniéndose de preguntarle qué la mantenía despierta a esa hora. La pregunta había estado a solo un segundo de deslizarse por su lengua, pero afortunadamente no es tan estúpido como parece en este momento. Otra mirada discreta hacia ella le hace darse cuenta de que ella no lo estaba mirando

directamente, ya no, pero sabía que estaba pensando en algo. El tiempo suficiente a su lado todos esos años le hizo darse cuenta de pequeñas cosas sobre ella.

No le importaba, eso era seguro, nunca lo haría, ni siquiera para sí mismo. Pero justo en ese momento su mente le recuerda aquel incidente de su primer año que ahora parecía tan lejano, un espejo borroso de lo que había sido la escena, tan fuera de su alcance. La había encontrado en un estado total de pánico y angustia, y sin saber qué hacer, también entró en pánico y comenzó a soltar y balbucear alguna cosa al azar que le había sucedido antes de encontrarla.

Y ciertamente odia conocer esa parte de ella, porque cuanto más la conocía, más lo haría... No. Simplemente *no*.

Por su parte, el cerebro de Leevanna estaba lleno de preguntas sobre lo que vio antes de que él apareciera. Y ella está tan enfurecida con él por interrumpirla que sus manos comienzan a enfriarse al igual que sus ojos, congelándose al pensarlo.

—No sabía que te gustaba Prince Henderson.

Su cerebro se puso en blanco. La saca de su estado de congelación y hace que sus ojos miren hacia las llamas brillantes que se reflejan en el gris humeante, se desvanece con el viento. Está hojeando las páginas de nuevo, tratando de vislumbrar el mundo de maravillas sobre el que ella había estado leyendo. *Antes de que comience tu tiempo* era un libro sobre lo que es la idea de poseer a alguien, cómo los celos consumen el alma antes de que pueda arder en llamas. Y, ciertamente, no era una lectura agradable para una jovencita. Sabía que era un libro prohibido para las mujeres.

Un tono rosado de rojo se desliza por sus mejillas.

Tratando de encontrar una excusa para haber dicho libro, la boca de Leevanna se abrió y se cerró. Sabía que él iría directamente al profesor Reeves, si no a Harmony Armstrong.

Sin embargo, continuó hablando: —Estás tres capítulos por delante de mí — asintió, al ver el título en la página donde estaba el marcapáginas. Ella, conmocionada, trató de decir algo. —No diré nada — puso los ojos en blanco antes de tirar el libro para que ella lo cogiera. Sus ojos volvieron a fijarse en ella, arrogante. —*Si* haces algo por mí.

—¿Qué quieres? — murmuró entre dientes. Al menos le habían devuelto el libro y le habían prometido que no se lo volverían a quitar.

—El tiempo lo dirá.

Antes de que pudiera decir algo más, un chico de los pisos superiores comenzó a bajar las escaleras antes de golpearse la cabeza con un pilar de mármol que estaba cerca. Él, despertando de su sueño completamente confundido, se dio la vuelta y comenzó a subir las escaleras de nuevo. Ni siquiera se dio cuenta de los dos adolescentes en el sofá.

Compartiendo una mirada, se callaron el uno al otro con mímicas para no despertar a nadie más.

Conjuró un libro y comenzó a leerlo después de echar una mirada al de pelo blanco. Una sonrisa en los labios.

Leevanna lo miró por un segundo, preguntándose por qué estaba siendo amable con ella si no lo había hecho antes. Bueno, tal vez una vez, pero eso no contaba.

Volvió a mirar las páginas de su libro, con el rostro inexpresivo. Mirando fijamente el fuego por un momento, se sintió acogedora, incluso cálida, a pesar de su piel fría.

Tal vez fue que por la noche se caían las máscaras y solo se dejaban jarrones vacíos de lo que debería ser, para dejar descansar al alma. No deberían estar haciendo esto, dejar que la energía se calmara no era lo que se suponía que debían hacer. Ni siquiera deberían compartir espacios.

Se mordió el labio, sin poder concentrarse en su lectura.

Es envidia de los demás. Sentían envidia el uno del otro. Tanto que los ahogó. Para cosas diferentes, dos extremos extremadamente lejanos, pero esos extremos chocaron en algún momento y se convirtieron en una especie de admiración.

Aun así, no podía soportar admitirlo.

Así que se fue.

Su mirada la siguió.

Sin embargo, el universo pondría sorpresas curiosas en su camino.

## CAPÍTULO DOS



### *Drama Astral*

La clase de Proyección Astral de Adivinación (PAA) con la profesora Starling siempre era algo que Leevanna disfrutaba mucho. Podía ver lo que se suponía que debía ser sin que realmente existiera. Le hacía sentir que podía salir de sí misma, del sótano que la atrapaba en fuego, quemando su hermoso hielo.

Se sentía como atravesar una pared de vidrio, que dividía su cuerpo de la Magia Astral dentro de ella. Lo atravesó, dejando que su esencia fluyera alrededor de las corrientes de colores contra la oscura bóveda de estrellas. Se sentía libre. Por una vez. Era la paz o algo relacionado con eso. El peso, las preocupaciones y los monstruos la dejaron ir; Y oh, qué maravilloso era sentir que sus pies dejaban el suelo tan lentamente que casi se sentía como si fuera uno con el viento. Podía sentir todos los elementos arreglándose con su propia mente, los ojos blancos y la luz saliendo. Su alma se desprende de ella, se convierte en sí misma, está frente a ella mientras levita entre la magia.

Unos segundos más tarde, salió de ella, lentamente y sin dolor, mientras su magia volvía a su jaula original dentro de ella. Con el jade regresando a sus ojos, pudo escuchar los aplausos de sus otros compañeros de clase tan bien como del profesor Starling,

quien la miró con tanto cariño y admiración. La mujer estaba orgullosa de ella, Leevanna lo sabía, así que le devolvió la sonrisa.

—Y así, queridos míos, es como se hace una Proyección Astral exitosa — comenzó la mujer de mediana edad. La profesora Nimeeh Starling era una de las pocas personas en todo Eskarya que podía separarse por completo y vivir una doble vida cuando lo necesitaba. Era una virtud que no muchos tenían, incluso si formaban parte de los Cincuenta Elementales de todo el mundo. —Nosotros, sin embargo, debemos tener mucho cuidado con nuestra magia interior para no hacernos daño — aplaudió. — Ahora bien, la diferencia entre una normal y una de adivinación es que...”

Leevanna instantáneamente dejó de escuchar, ya era consciente del hecho de que lo que había hecho no era ni la mitad de lo que se podía lograr. Sus ojos se fijaron en la mujer de cabello castaño y castaño lacio y bronceado, que le llegaba por debajo de la cintura y con un suave rubio platino en las puntas. La mujer era más alta que Leevanna, pero parecía más baja debido a que la mayor parte del tiempo estaba encorvada. La profesora Starling desprendía un ambiente hippie femenino, casi sofisticado por la elección de la ropa.

Y cuando estaba a punto de chasquear los dedos para recogerse el pelo en una coleta alta, escuchó varios murmullos entre la clase. Ni Lhu ni nadie del grupo estaba en esa clase con ella (ya que pensaban que era algo que se podía aprender más adelante), así que estuvo sola durante esas dos horas, cosa que ahora le molestaba porque tendría que encontrar lo que estaba sucediendo por sí misma.

Caminando hacia Isobel, una chica Vasilka de su año, le preguntó: —¿Qué pasó? — lo más bajo que pudo.

—Madden trató de usar Proyección Astral como voluntario, pero aparentemente lo hizo mal — respondió la pelirroja encogiéndose de hombros.

Leevanna miró fijamente, observando a Madden hacer una especie de estado epiléptico mientras levitaba.

Cuando se detuvo después de un segundo, cayó al suelo tosiendo a todo pulmón durante unos minutos.

No podía ser más patético tratando de hacer lo que ella hizo.

Fue en ese momento que ocurrió algo que nadie vio venir ni siquiera en sueños. Los ojos de la profesora Starling se volvieron blancos y brillantes como dos bombillas de luz, levitó a unos centímetros del suelo, haciendo que muchos jadearan al verla iluminada literalmente por los cielos.

Con los ojos fijos en Madden, su dedo índice apuntó hacia adelante mientras el chico se arrastraba hacia atrás por el suelo, que estaba frente a todos los estudiantes. Leevanna frunció el ceño. Sí, ella sabía lo que estaba pasando, las proyecciones astrales al adivinar podían convertirse en profecías, y solo dos personas vivas podían ser iluminadas para manifestar algún evento que sucedería.

—*La sangre corre y las lágrimas son conscientes...*—empezó a decir la mujer, monótonamente. —*El verdadero espíritu de los dragones se elevará sobre la niebla, y la inocencia se perderá a medida que mueran y renazcan. Tu corazón no sería suficiente para vencer las llamas...*

Con eso, la mujer cayó al suelo, apenas consciente de la situación. Leevanna oyó los gritos de la profesora Madeleine Meiden detrás del tumulto, supuso que la anciana intentaba dispersar a los estudiantes para entrar en el castillo, mientras Madame Pamela corría hacia el profesor Starling. Sintiendo que una mano apenas le rozaba el hombro antes de apoyarse por completo en él, permaneció en silencio, sabiendo que el profesor Reeves estaba detrás de ella, guiándola hacia donde estaría segura y protegida. Los ojos de Leevanna permanecieron fijos en los tres profesores que estaban ayudando a Nimeeh a ponerse de pie para contarles lo que había sucedido. No fue hasta que miró hacia el



cielo que vio que las nubes se convertían en oro para luego oscurecerse, anunciando que ese día sería lluvia.

—No le menciones esto a nadie — era apenas un susurro, uno que el viento se llevó cuando, afortunadamente, ya había captado su significado. Ella asintió, sabiendo lo que era mejor.

La semana transcurrió lenta y tediosa a la vez que mortificante. Cuando llegó el miércoles, Leevanna comenzó su clase de Defensa Personal y Supervivencia Mágica (DPSM) con una cara aún más aterradora que el lado oscuro de la magia. Esta clase no era una de sus favoritas, pero a veces disfrutaba de la mayor parte, si estaba de humor para soportar al profesor Lawrence.

Cuando Leevanna estaba así, teniendo días malos, podía decir cosas muy frías e hirientes, incluso si no lo decía en serio, a aquellos con los que le resultaba tedioso tratar o con los que se contradecía en algún sentido. Así que en este momento Lhu no quiso preguntarle si quería algo o cómo estaba. Su mejor amiga odiaba ese tipo de preguntas, especialmente en un momento como este. Lhu sabía que su mejor amiga tenía *un comportamiento especial* cuando tenía episodios de ira o depresión.

Lhu sabía que Leevanna no sabía cómo expresar sus emociones de la manera correcta, le habían enseñado a no tenerlas, por lo que la morena siempre estaba tratando de ayudarla a aprender a hacerlo y no solo explotar como dinamita o acumular cosas hasta que no pudiera contenerlas más.

El problema era que Leevanna no sabía qué estaba sintiendo exactamente. Porque no le gustaba *nada sentir*.

Los sentimientos la debilitaban, al menos eso era lo que pensaba. Y ella era la Reina de Hielo, los sentimientos no tenían derecho ni espacio en su vida. No podía dejar que su maravilloso imperio de muros de hielo que había construido con éxito a lo largo de los años se desmoronara porque sí, solo porque algunos sentimientos absurdos, inútiles y estúpidos.

No podía dejar que el hielo se derritiera por nada en el mundo entero, incluso si el sol brillaba demasiado.

Y eso hizo que este día fuera un miércoles horrible.

El sol diurno caía a plomo.

Aunque había algunas nubes grises que perturbaban su cálida neblina.

La luz del sol que entraba por las ventanas empezaba a darle dolor de cabeza.

Quería hacer morir el sol.

*Odia el sol.*

Demasiado *brillante*.

Demasiado *alegre*.

El sol es *malo*.

Quema su hielo.

Odiaba el clima de verano y primavera porque los sangrientos rayos del sol le hacían recordar aquellos horribles gritos.

Y “*odio*” era una palabra enormemente poderosa para Leevanna.

El odio no era algo que ella aceptaría fácilmente, no, *nunca*.

¿Pero el sol? Lo odia y odia lo alegre que es la gente en la estación del año. ¿Por qué han tenido que sonreír todo el maldito tiempo? ¿Por qué parecían estar tan felices cuando la luz del sol golpeaba sus rostros? Fue horrible.

Por otro lado, le encanta el otoño y el invierno, esas eran sus estaciones favoritas del año y lo serían para siempre. Podía envolverse en sus mantas y dormir todo el día o leer junto a la chimenea mientras bebía chocolate o té caliente y dulce. Y en esas estaciones sus pesadillas también eran menos. En otoño, las hojas rojas, naranjas y amarillas decoraban el cielo con sus hermosos

colores, lo que le daba la alegría de apreciar un paisaje seductor mientras leía o simplemente tomaba aire en el balcón. Le encantaba ver la nieve caer sobre la gente, dejando un aura cálida pero melancólica sobre ellos mientras pensaban en lo mucho que extrañaban el sol y su luz caliente.

Pero, para Leevanna, el invierno era mucho más cálido que el verano.

Para ella, el hielo estaba más caliente que la luz del sol.

El hielo era su hermoso refugio. Si pudiera elegir la forma en que quería morir, diría: *'Entiérrame en hielo, con flores y nieve, no dejes que el sol me haga daño.'*

Era una manera perfecta de acabar con su vida, al menos para ella, definitivamente lo era. El hielo y el frío eran una hermosa forma de morir.

Mientras con el sol sientes la agonía del fuego quemando cada parte de tu cuerpo, la asfixia de la que no puedes escapar, las heridas profundas que deja en tu cuerpo y no eres capaz de recuperarte, estar y sentirte lleno de agonía y desesperación, los gritos que escapan de tu garganta. Lo peor de todo es que no mueres por la quema, mueres por la asfixia, la tos y el malestar, el pánico y, finalmente, la inconsciencia por el oxígeno que es reemplazado por dióxido de carbono y monóxido.

¿Pero con el hielo?

Comienzas con un poco de escalofríos, sintiendo el frío entrando en tus sistemas y congelando todo dentro de ti. Luego sigue la respiración lenta y superficial mientras los pequeños trozos de hielo decoran tus pestañas y cabello, cómo las lágrimas que ruedan por tus mejillas sonrosadas queman tu piel mientras se congelan. La confusión y la pérdida de memoria son los siguientes dos pasos en la hipotermia, tus recuerdos se desvanecen lentamente a medida que los ves pasar frente a tus ojos como una sábana borrosa. La somnolencia o el agotamiento son la mejor parte, sientes que tu cuerpo se debilita lentamente,

como si te quedaras dormido. Tu habla pronto se vuelve arrastrada o murmurada, pero no puedes evitar la risa. Y, finalmente, a medida que su temperatura interna aumenta y lo llena de mucho calor, su pulso es lento y débil. Ser una persona inconsciente sin signos evidentes de respiración o pulso. Quedarse dormido en un sueño eterno es el último paso, también conocido como muerte.

Hablar de hielo, para Leevanna, era hermoso.

Le encantaba hablar de ello, diciendo lo atractivo y bonito que sería estar en un mundo lleno de ello. El hielo era todo su mundo, todo su ser. Su elemento.

La chica de pelo blanco estaba apoyada en una de las columnas del aula junto a su grupo habitual de amigos, aunque en ese momento no se mezclaba precisamente con ellos.

Y eso era algo bueno, porque entonces tendría que soportar la voz y la presencia de alguien que ahora mismo tenía en su top una gente con la que no quería tratar hoy y durante todo el tiempo que pudiera evitarlo. Era una cosa tan extraña que ni siquiera toleraban al otro, pero sin embargo siempre tenían que compartir el mismo espacio debido al grupo de amigos que tenían y era lo único que los unía. Aunque no quisieran.

Y para colmo de la falta de suerte del día, chocaron miradas por el azar del destino. Ella enarcó las cejas, molesta y preguntándole con su mirada si le había perdido algo en la cara porque si no podía irse *a la mierda*. Entrecerró los ojos, pequeñas llamas brillando dentro de sus pupilas, lo que hizo que ella aceptara el desafío y volviera los ojos hacia el hielo antes de romper el contacto visual cuando el profesor aplaudió.

—Pero basta de teoría — sonrió el profesor. —Hoy tendremos tu primera clase de duelo. Por favor, hoy nos concentraremos en el trabajo de hechizos de escudo — continuó. —La Magia Elemental y la Defensa Elemental serán para la próxima...

Su brazo derecho se levantó, mientras interrumpía al hombre, — Profesor.

—Sí... ¿Señorita...? — dijo el hombre tratando de ver por encima del tumulto de estudiantes.

Leevanna casi puso los ojos en blanco.

Pero eso sería una falta de respeto.

El profesor Ryuk Lawrence era relativamente nuevo en el instituto, ya que este era su segundo año de enseñanza, pero no el primero que ponía un pie en el castillo de Gleaxiara. Había sido enviado allí por orden del Parlamento.

—Vaughan, señor —contestó ella, cruzándose de brazos.

Todos los estudiantes frente a ella se separaron, dejando un rastro abierto para que el profesor le echara un vistazo. El hombre, que no pasaba de los cuarenta, parecía esbozar una sonrisa con la boca cerrada antes de reírse entre dientes mientras sus ojos miraban hacia el suelo. —Ah, señorita Vaughan, sí, debería haber reconocido su voz — sus ojos se clavaron en los de ella. — ¿Tienes alguna pregunta?”

Sus ojos se entrecerraron por un segundo, tratando de descifrar por qué los suyos parecían más oscuros contra ella, casi ominosamente depredadores, tratando de averiguar algo. —Sí, en realidad — dio un paso adelante — con el Torneo Paragón aquí, y algunos de nosotros tratando de entrar, ¿no sería mejor comenzar con Defensa Elemental?

Era su turno de entrecerrar los ojos. Se mantuvo firme, esperando pacientemente una respuesta que seguramente tendría sentido. Al menos eso esperaba. El falso olvido de toda una clase de estudiantes veinteañeros no era algo que la ley tomara a la ligera, ni tampoco sería lanzar a estudiantes de dieciséis y diecisiete años a un torneo para la guerra sin estar completamente preparados para ello.

Pero antes de que Lawrence le respondiera, alguien más lo hizo.

—¿Por qué no enseñas la clase entonces? ¿Eh? — gruñó Vailant. Sus ojos instantáneamente hicieron contacto con los de él en un instante. —Ya que eres tan inteligente y mandona.

Ella se lamió los labios, —Sé que me adoras, así que con mucho gusto te enseñaría a mantener la boca cerrada — y con una sonrisa que no duró dos segundos, hizo que su boca desapareciera de su rostro. —¿Satisfecho?

—Ahora, ahora, por favor, mantengan sus bocas en su lugar — mientras Lawrence hacía que la boca de Vailant apareciera de nuevo, miró a Leevanna, —y respeten la opinión de su compañero.

—Perra — murmuró Vailant masajeándose la mandíbula.

El profesor Lawrence sonrió a sus estudiantes por un segundo, luego comenzó a caminar lentamente, —Su compañera de clase tiene razón, no lo negaré — confesó. Leevanna casi flotó de orgullo cuando sus ojos se clavaron en los de Vailant, que giró los suyos. —Sin embargo... No terminé — volvió a sonreír. — Nuestra clase se complementará con una hora extra cada miércoles y viernes a partir de la próxima semana, *silencio, por favor*, dictado por nuestra nueva profesora, la señorita Angelice Laverne, quien le enseñará la mayor parte del trabajo de duelo y hechizos defensivos... Incluida la Defensa Elemental, aunque para la Casa Vasilka será solo para hombres.

Esta vez sus ojos se dirigieron a los de Leevanna.

Se mordió el interior de la mejilla.

Apartando su mente de ese tema, resopló cuando el reloj de la pared que tenía delante marcaba las once y media. Treinta minutos más que tenía que esperar de pie como un puto árbol.

Santos dioses.

Qué desperdicio.

Morir no sería un alboroto para ella. Tenía algunas ideas para ello. Prenderse fuego, por ejemplo. El Tren Eskarya que la atropellaba tampoco era una mala idea, aunque la mera idea de esperar a que sucediera la pondría ansiosa e incluso tan aburrida que saldría de los choques antes de que pudiera alcanzarla. Así que eso estaba fuera de la lista.

Podía lanzarse desde la Torre de Observación del Cielo y decir que estaba tratando de volar o algo así. Pero siendo honesto, esa no era una buena idea, moriría con la gente pensando que era retrasada o algo así, y también existía la posibilidad de que pudiera sobrevivir, así que no. Tal vez podría tomar prestada la magia de Lhu y usar la maldición Interitio en sí misma porque con su propia magia no funcionaría... Pero Lhu se negaría a hacerlo, está segura de ello.

Y ahí es cuando se le ocurre la mejor idea: podría usar la ira y el fuego de Vailant a través del Sensus Imperiose y luego hacer que pareciera que lo había hecho sin provocación.

Eso hizo que apretara los labios evitando la risa. Eso sería extremadamente gracioso. Ella, muerta en el suelo, y Vailant tratando de defenderse diciendo que ni siquiera sabía cómo había pasado eso porque no recordaba nada, y seguramente fue ella la que se lo hizo a sí misma porque estaba loca ya que todos los miraban en estado de shock.

Oh, ella se reiría tan fuerte si eso sucediera.

Reprimiendo una sonrisa por sus pensamientos divertidos, finalmente comenzó a prestar atención a la clase del profesor, se había perdido la mitad de la explicación, por supuesto, —... y Vaughan con Haxel.

Oh.

Bueno.

No era tan malo.

Flynn Haxel era una Vasilka de su año que tenía bastante reputación entre los estudiantes por vender drogas. Leevanna tuvo tres o cuatro interacciones con él el año pasado, antes de que comenzara a traficar, cuando la profesora Azura Sandstorm formó parejas en clase para que experimentaran con el extracto de quimera y la espada eructada. En realidad, era una persona de voz muy suave, solo que su apariencia no ayudaba mucho con la reputación. El pelo de cuervo desordenado que casi le cubría los ojos y muchos piercings en las orejas disimulaban la persona realmente agradable que era. Su madre no formaba parte de la realeza, por lo que esa era la razón de su ocultes, aparte de la situación financiera de su hogar.

Vivir en el centro de Karesh, cerca del callejón Kirkrial, tampoco fue de mucha ayuda. La mayoría de las personas, que eran capaces de proporcionar trabajos decentes y bien remunerados, no querían contratar a personas de esa zona específica.

Su padre había abandonado a su madre después de que él naciera, debido a que estaba casado, pero de hecho era parte de la realeza, por lo que el mechón de cabello de platino que Flynn había adquirido en realidad era el único bien que su padre había hecho.

Gracias a eso, Leevanna había sido capaz de manipular a un empleador de alto rango para que acogiera a la madre de Flynn, aunque fuera con un salario medio. Por supuesto, la manipulación no era realmente agradable, en realidad había necesitado usar algo de su magia para aterrorizar al hombre. Pero al final de la historia, el fin justifica los medios, ¿no?

Trató de pensar en eso cuando se trataba del narcotráfico. Sabía que Flynn usaba el dinero que obtenía para comprar su material escolar ahora que su madre se había vuelto a casar y tenía otro hijo que cuidar. Todavía con dos cheques de pago, las cosas no fueron fáciles.



Ella le dio un golpe con el codo cuando él pasó a su lado. Él le sonrió brevemente y ambos chocaron los puños. Le gustaba considerarlo una especie de amigo. —Hola, cabeza blanca.

—Hola, mechón blanco — sonrió Leevanna. —¿Listo para hacer algunos escudos?

—Nací listo — se rió entre dientes, haciéndola poner los ojos en blanco juguetonamente. Luego movió su mano derecha, como si estuviera jugando suavemente a los bolos. Pero detuvo el maleficio justo antes de que pudiera tirarlo al suelo. Leevanna sonrió hacia abajo y aplaudió dos veces. Con las manos dentro de los bolsillos y el cuerpo dejando unos centímetros de separación entre ellos, dijo: —Te lo dije, niña bonita.

—Ya veo, cariño —le sonrió. Sabía que Flynn no estaba coqueteando con ella, y tampoco estaba confundiendo sus intenciones. Flynn no jugó para su equipo; En realidad, era un jugador opuesto. —Escuché a alguien decir que había visto a August Chiare besando a un chico en los pasillos — sus ojos parpadearon contra los de ella al mismo tiempo que ella se protegía de su maleficio. —Seguro que ese pobre chico no es otro de la lista, ¿verdad? ¿O es que finalmente te has asentado?

Flynn se sonrojó y ella movió la mano, usando su distracción para hacerlo caer al suelo.

—Oh, Dios mío —la boca de Leevanna se abrió por completo. Connoción en toda su cara. —Vaya. Te gusta, ¿verdad?

—No hables tan alto, alguien te va a escuchar, Dios mío, mujer”, pero él estaba sonriendo. —Sí, me gusta. Nos conocimos en verano en las afueras de Ayrith, y nos pusimos a hablar y... ¡Por el amor de Dios, deja de hacer eso!

Leevanna dejó de tocarle el costado con el dedo índice y fingió que no lo hacía. —¿Haciendo qué? — y con las cejas levantadas, ella solo lo hizo reír. —Bueno, continúa.

—Y fuimos al Deli Cup por una tarta de queso e intercambiamos direcciones para poder escribirnos cartas y así, eso es todo, más o menos.

Sus ojos brillaban de felicidad y, por un segundo, pensó que tal vez el invierno dentro de ella se había ido. Sin embargo, solo por un segundo, porque una sonrisa era lo único que podía darle como respuesta. —Espero que todo vaya bien entre ustedes dos, Flynn — él asintió, y ambos continuaron con su entrenamiento de escudo.

Todavía cerca de la pared en la que se había apoyado antes, Eisdrache Vailant trató de mantenerse al día con los hechizos y maleficios que Freya estaba lanzando en su dirección. Pero su mente ahora estaba en otra parte.

¿Cómo *diablos*, Flynn Haxel, un niño bastardo, podía mezclarse con ella? ¿Y cómo en el Paraíso celestial era capaz de hacerla reír de esa manera?

Sus ojos se convirtieron de repente en reflejos de llamas al verla, pero luego, suavemente, todo era ceniza antes de que pudiera siquiera encenderse.

—Dios, Drache —gruñó Freya al ver que ya ni siquiera se molestaba en protegerse.

—Lo siento —murmuró, apartando por fin la mirada de cierta chica.

Leevanna sonrió una vez más al ver la proyección astral de una niña siendo sostenida por la madre de Flynn. La clase estaba a punto de terminar y el profesor ya los había felicitado. —¡Oh, ella es tan preciosa! — Flynn asintió.

—Parece que su esposo realmente la hace feliz, y bueno, Catherine acaba de mejorar un poco la casa — se encogió de hombros. —Han estado considerando mudarse a una zona más central, tal vez al sur de Agresh, debido al lugar de este tipo en el Concejo. La bebé ha nacido con el pelo color caramelo.

—¡Eso es tan bueno! — exclamó Leevanna. —Dile a Liz que la felicito por el matrimonio y el hermoso bebé que ha dado a luz. Y si necesitas algo, házmelo saber.

Su conversación fue interrumpida por el profesor Lawrence reprendiendo a Dexter Madden. Parecía que esta vez estar en Faris no iba a salvarlo.

—Hay más formas de protegerse, Dexter — dijo Lawrence. — Si sigues usando lo mismo una y otra vez, tu duelo será limitado porque no te importa aprender más.

Cuando Lawrence fue a felicitar a otro par de estudiantes, Harlee Gallanger se paró junto a Madden y le dio una sonrisa, felicitándolo de alguna manera.

A Leevanna le pareció tan patético de su parte que soltó una sola mueca de desprecio. Vasilka nunca felicitaría a alguien que hiciera lo mínimo, lo empujarían a ser mejor, no a ser un conformista mediocre. Conocía la situación de Madden, pero ni siquiera *intentaba* lograr al menos *algo*. Todos en Faris eran tan *mediocres* con él que era simplemente molesto.

La historia de lo que le había sucedido a la madre de Madden no era un tema secreto, a pesar de que todos lo tomaban como una especie de leyenda o tabú que se susurraba de oreja a oreja. Una estupidez.

Cuando Leevanna pasó junto a él, se aseguró de golpearle el hombro y hacer uno de sus *dulces* comentarios. —Como siempre una lástima — y ella se rió, los otros estudiantes que rodeaban al chico de pelo caramelo hicieron lo mismo.

Leevanna no era una matona, simplemente le gustaba... *molestar*.

Y ella lo envidiaba un poco, tal vez más que un poco. Una cantidad ridícula que era más que un poco. Envidiaba algo que nadie envidiaría, en realidad. Nadie pensaría en ello porque era raro, *extremadamente* raro.

Era más que raro. Nadie lo sabía; sabía que tenía que quedárselo solo para ella o alguien llamaría a un Médico Mental para que la atendiera. Y ella no quería eso. Al menos no delante de todos los estudiantes. Si alguien venía a Eskarya para llevarla a un psiquiátrico, ella le pedía que fuera extremadamente discreto. Nadie necesitaba saber que estaba loca y necesitaba ser internada de inmediato.

No era asunto de ellos, solo de ella.

Nadie necesitaba tener conocimiento sobre su locura y sus traumas.

Y esa envidia que también era bastante alarmante.

Ella envidiaba que sus padres estuvieran muertos.

Muchos años atrás, se había producido un motín cerca de la frontera que Shiat tenía con la aldea principal de Ayrith, y muchos soldados habían sido llamados para ayudar en el campo de batalla. El padre de Madden se había ido, dejando a su hijo con su tía y su tío, dos actuarios adivinos de alto rango, que por lo que Leevanna sabía, eran personas amorosas. El motín había salido mal y muchos soldados habían caído, incluido el padre de Madden, el general a cargo. Aziah, la madre, fue hecha prisionera por los soldados Shiatianos y colocaron su cuerpo en una estaca cerca de las fronteras de Eglary para que todos pudieran verla.

—¿Qué dices que si vamos a Knit Wit & Fabrics a buscar el que quieres? ¿Te unes, Leev?

La de ojos de jade parpadeó y salió de sus pensamientos casi chocando con Freya. —Lo siento, ¿qué dijiste?

Freya puso los ojos en blanco, —Mira por dónde caminas, no sea que te topes con un Phantomind uno de estos días — Leevanna se limitó a levantar el dedo corazón hacia su amiga.

—Queremos ir a Altsuix en la visita a Ayrith — respondió Thea a su pregunta antes de que su mejor amiga pudiera continuar con sus burlas.

—Pero ¿cómo pasarías por delante de los Phantominds?

Leevanna no recordaba exactamente si los Phantominds de las aldeas estaban destinados a hacer daño a alguien, pero la directora Armstrong había dado la instrucción de no salir a los terrenos del castillo sin supervisión, y conociendo a sus amigas, la búsqueda de telas no sería lo único en la lista.

—Si sigues distraída, podríamos usarte como cebo...

—Conozco una forma de entrar y salir de los pasajes sin que nos noten, las guiaré — dijo Lhu. —Por favor, ven.

Leevanna lo pensó un segundo.

Bueno, tenía que escribir esos tres ensayos para la semana siguiente para poder tomar un curso más avanzado el próximo mes, y no podía olvidar la investigación sobre Nefilim para superar a su clase de Alquimia y el progreso en su investigación de Adivinación...

Pero podía hacerlo a primera hora el sábado.

—Sí, claro.

No había aceptado solo porque sí, la luz en los ojos de Lhu cuando la escuchó decir que sí era algo que quería ver más a menudo, y, además, le había prometido a su mejor amiga intentar socializar más. En sus primeros años, ella y Lhu no tuvieron exactamente la oportunidad de salir, solo una o dos fiestas tranquilas que se organizaron solo para la Casa Vasilka, pero nada más que eso. Leevanna siempre había dudado en salir porque temía que su padre lo supiera y la castigara por ello.

Lhu se merecía una experiencia normal de adolescente todo el tiempo que pudiera, por lo que Leevanna solo estaba tratando de hacer que se preocupara menos por ella y simplemente se divirtiera un poco, incluso si eso significaba que Lhu arrastrara a Leevanna a algunos eventos y salidas. Leevanna solo quería ver a Lhu feliz después de lo que le había hecho pasar dos años antes con todo ese alboroto y trauma. Lhu ni siquiera había necesitado

estar allí, pero se había quedado pasara lo que pasara, y ahora Leevanna solo le estaba devolviendo algo que quería para los dos.

—¿Solo señoritas o mis compañeros aquí también pueden ir a tomar una copa?

El tono de voz juguetón de Rhazel hizo que Lhu pusiera los ojos en blanco juguetonamente. —Al menos quieres escuchar a Freya hablando de telas toda la tarde, estás fuera, querido demonio.

—Tu demonio favorito, niña —el chico rubio le guiñó los ojos a la morena, que se rió y asintió.

—Podríamos ponernos al día después, digo — la voz de Mason entró en la conversación, y Freya se encogió de hombros.

—Sería una buena idea, me vendría bien hacer de estos tres el blanco de la broma, seguramente.

## CAPÍTULO TRES



### *Dentro del espejo*

*Eres una cobarde*, dijo la mini Leevanna.

*No lo soy*, dijo su propia voz.

*Lo eres, tienes tanto miedo a morir que no puedes hacer nada más que desear no serlo en lugar de hacer algo de verdad*, y la mini ella pareció burlarse de ella mientras levantaba una ceja, mirándola con superioridad.

*No tengo miedo de morir*, su propia voz estaba entre dientes.

*Quieres morir, pero tienes miedo, eres un cobarde que no tiene el coraje de suicidarse*, y las palabras la hicieron apretar la mandíbula internamente.

*¡No tengo miedo de morir!*

Silencio. Solo silencio.

Se siente atacada por su propia conciencia.

*Y entonces, ¿por qué no lo has hecho todavía?* la mini Leevanna estaba tranquila, al contrario de la original.

*No sé...*

—Leev — la llamó Lhu en voz baja, la muchacha se giró para verla. Estaban en Mathamancy con el profesor Paris Finnerty, solo acompañados por Vailant y Freya, el resto eran más Vasilkas,

algunos de la Casa Faris y estudiantes de Stouvania. —¿Estás segura de que quieres ir a Ayrith?

—Me vas a llevar de todos modos — sonrió suave y débilmente. Leevanna estaba cansada.

Se preguntó si podría pedir esas pastillas que solía tomar cuando era un poco más joven. Quería las drogas. Los necesitaba. Pero... Pero se los habían quitado. Porque se había convertido en una adicta, en una dependiente. Un puto drogadicto con el que nadie quería estar cerca o incluso que le hablaran sin esa mirada lamentable. Y desea más que nada en este momento a alguien que pueda darle las drogas con las que estaba soñando.

Y ella quiere irse. Tiene que irse.

Y de repente su cerebro no puede decidir.

No puede decidir si necesita los medicamentos o se va.

A través de sus oídos se filtran los murmullos de Freya y Lhu. Están hablando de la visita de mañana a la ciudad de Altsuix, a las afueras de los terrenos de Gleaxiara, para luego ir a Ayrith, que estaba al lado, pero fuera de la capital. Tendrían que ser extremadamente cuidadosos.

El profesor Finnerty estaba dando su discurso habitual sobre lo importante que era para ellos comprender ciertos cálculos y procedimientos para que pudieran tener éxito en la alquimia, así como en otras materias. Por lo general, Leevanna estaría resolviendo todos los ejercicios que el profesor daría a la clase, pero en ese momento acababa de responder uno de los cinco y, para ser honesta, no estaba de mucho humor para escuchar el mismo discurso por enésima vez.

Sin embargo, no la malinterpretas, el profesor Paris era uno de sus favoritos, ya que siempre estaba ansioso por conversar con ella sobre las maravillas de los números y las probabilidades en nuestro mundo, pero ella estaba *muy cansada*.



Su mirada se distrajo rápidamente de los problemas frente a ella a un trozo de pergamino doblado frente a ella.

Lo agarró entre sus manos y lo abrió, pensando tal vez que Esmeray necesitaba algo, y no pudo encontrarla ya que estaba en clase. Pero luego saltó y soltó un pequeño grito que atrajo la atención de todos.

Cuando había desplegado el pergamino, un Gryrku saltó directamente a su cara, asustándola al instante. Rápidamente escondió el papel debajo de su escritorio.

—¿Pasa algo, señorita Vaughan? —frunció el ceño el profesor.

—No, profesor, lo siento, solo me emocioné con el tema — y eso pareció hacerlo sonreír, por lo que ella le devolvió la sonrisa antes de que él continuara explicando algunas ecuaciones sobre las que leería más tarde.

Su mirada se desvió rápidamente hacia el asiento de Vailant, que intentaba no estallar en carcajadas. Levantó ambas cejas hacia ella, desafiante.

Ella entrecerró los ojos y rápidamente escudriñó su mente, transformándolo en una rana.

Ella sonrió, sabiendo que Freya, que era la compañera de escritorio de Vailant hoy, estaba demasiado interesada en lo que Lhu tenía que decirle en lugar de prestar atención a lo que sucedía a su alrededor.

Los veinte minutos restantes de la clase transcurrieron sin más conmoción, hasta que el profesor Paris decidió tomar asistencia y cuando llamó el nombre de Vailant antes que el de Leevanna, se le respondió con un *croac-croac* en lugar de una voz humana normal. —Señor Vailant, por favor, sé que quiere una princesa, pero ese no es exactamente el camino — y con un chasquido la rana volvió a ser humano.

Todos los estudiantes se rieron entre dientes, haciendo que el chico se pusiera rojo ante la acusación antes de volverse hacia el

asiento de Leevanna y entrecerrar los ojos con furia. Ella solo sonrió.

—¿Señorita Vaughan?

—Presente, profesor —sonrió.

Y una risita salió de sus labios antes de volver a concentrarse en resolver los problemas de su libro. No, ya no estaba cansada.

—Por favor, para el lunes por la mañana, a primera hora, espero que me entregues tus libros con los veinte problemas que hemos hecho hoy y los diez más que te quedan por hacer.

—Pero, señor... Mañana es la visita de Ayrith —recordó Dexter Madden, haciendo que muchos de los Faris asintieron con la cabeza ante sus palabras, estando de acuerdo con él. —¿No podría ser para la próxima clase?

—No, señor Madden — el profesor Finnerty no era alguien a quien le gustara ser persuadido o incluso manipulado para algo, tampoco le gustaba que le dijeran qué hacer. —Y va especialmente para usted, que no has hecho más de tres ejercicios en las dos horas completas. Te sugiero que comiences esos ejercicios hoy.

Leevanna continuó resolviendo los siguientes tres ejercicios que le quedaban para terminar los treinta. A lo largo de los años, había aprendido que era mejor resolver al menos la mitad de ellos antes de la clase para que cuando el maestro dejara la tarea, ella tuviera menos que hacer y pudiera buscar más información para la próxima clase. Sonrió para sí misma, pensando que se había convertido en una obsesiva controladora y que estaba a punto de volverse loca, más de lo que ya estaba.

Más tarde ese mismo día, estaba segura de que su cerebro había decidido torturarla.

Y ella estaba allí.

Con la mirada fija en el agua.

El agua fría llenando la bañera y calentándose.

*¡ALTO! ¡POR FAVOR!*

Sus ojos se cierran lentamente.

*Por favor...*

Las sensaciones todavía se sienten como si hubieran sucedido ayer. Tal vez ese día. Tal vez esa hora. Ese minuto. Ese segundo. Todo es fresco. No puede olvidar. No importa lo mucho que lo intente todos los días. No se le permite olvidar.

No se lo merece.

*P-para... Por favor...*

Le duele el cuerpo. Ella puede sentirlo. Otra vez. Sigue igual de fresco. Como la niebla, llena de gritos y súplicas, llena de recuerdos. En su piel todavía estaba el fantasma del líquido blanco que se deslizaba por sus extremidades, el ardor en sus pulmones cuando gritaba. Me dolió muchísimo. Ella recuerda.

Cada parte de ella. Incluso había comenzado a rezar una y otra vez, con la esperanza de que alguien escuchara sus gritos. Nadie lo hizo. A nadie le importaba. Y había pensado, ¿por qué iba a importarles? Ella no era *nada*. Absolutamente nada.

Había sentido dolor y luego no sintió nada. Había sentido entumecimiento, como si ya no fuera una persona, un ser humano, un ser frágil. Su cuerpo se sentía vacío. Había sentido como si estuviera a la deriva en el espacio. Había contado 1862 segundos antes de poder moverse.

No había sido capaz de procesar mentalmente lo que había sucedido en ese momento, por lo que había fingido que no había sucedido durante dos semanas. Cuando regresó, como una ducha

fría, le vino a la mente esa sensación de náuseas, entumecimiento, dolor, vacío. Lo había detenido metiéndolo de nuevo en su caja y cerrando la tapa de golpe. Pero ya no pudo olvidar, no importa cuántas veces cierre la tapa, no importa cuántas fortalezas use, no puede olvidar.

Sus ojos se abren de nuevo cuando el agua deja de hacer tanto ruido. La bañera estaba casi llena. Miró el agua y luego miró al espejo, esperando que apareciera algo. Tal vez un milagro. Tal vez el monstruo que la acechaba por la noche y le pasaba sus uñas afiladas y podridas por la piel, acariciándola mientras dormía. Sus manos desataron el lazo delantero de su túnica de seda y echó los hombros hacia atrás, dejando que la tela cayera sobre su piel hasta que hiciera contacto con el frío suelo.

Y pensó. Y pensó.

Su enorme espejo le hizo ver dos Leevannas diferentes.

O eso creía.

Una Leevanna estaba examinando su cuerpo, no había un solo rasguño, ni una marca, ni un recuerdo, todo era blando y ella, feliz y satisfecha con ello, se apresuró a ponerse un bonito vestido con una sonrisa. Parecía feliz de estar en verano. La otra Leevanna era ella, examinando las pequeñas cicatrices que pintaban su piel como trazos de un pincel fino. No se molesta en examinar su cuerpo, solo se mira a la cara y ciertamente no está contenta de no estar en invierno. Contemplando cómo los pequeños diamantes salados decoran sus pestañas cuando parpadea.

—*¿Qué se siente?* — pregunta la Leevanna en el espejo. Sus codos apoyados en la cerámica y las palmas de sus manos eran un buen asiento para su barbilla. Arrugó un poco la nariz, dejando una sonrisa en las puertas rosadas de su aliento y en la cárcel de sus dientes.

—*¿De qué estás hablando?* — Leevanna pregunta neutralmente.

—*Querer ser yo* — se ríe su cruel reflexión. —*Querer ser el que está en el espejo... El que no tiene recuerdos* — y ella no sabe qué responder.

Del lado del espejo todo parecía más brillante y colorido. Incluso podía ver los rayos del sol creando ríos de color amarillo pálido pero brillante que revelan las diminutas partículas que bailan en el aire. Su reflejo sigue sonriendo. Burlándose de ella con su cara feliz que no es solo un fantasma cruel de lo que podría haber sido su vida en otra vida. Uno que era perfecto para ella.

—No sé de qué estás hablando — responde finalmente haciendo reír a su reflejo. Y Leevanna pensó que su risa era el sonido más molesto del mundo.

—*Creo que sí* — dice la otra sentándose en la cerámica y colocando sus manos enredadas sobre su regazo mientras la mira. —*Creo que sabes que fue tu culpa.*

—Eso ya...

—Pero... *También piensas que se lo merecía* — esta vez Leevanna se queda callada, y una sombra de dolor fantasma su rostro como la brisa.

El tema en cuestión había cambiado drásticamente y ni siquiera se había dado cuenta.

—Ay, *¿toqué un nervio?* — su reflejo hizo una falsa mueca de lástima antes de reír de nuevo. —*Sabes que lo pensaste... No puedes ocultarme nada.*

—Cállate.

—A ver... — e hizo una pose de pensadora ignorando su advertencia. —*¿Qué fue lo que dijiste? Hum... ¡Ah! Lo tengo* — se rió. —*“Era una sucia impura... Mi padre tiene razón.”*

Leevanna volvió a cerrar los ojos antes de mirarla con la mandíbula tensa. —No tenía razón.

—*Sabes que piensas como él*”, agregó el reflejo. —*Sabes que en tu mente brillante existe el chip tallado que él ha estado alimentando todos los días, ese pensamiento que está destrozando tu cerebro con sus tentáculos... Sabes que tiene razón... Sabes que eres superior... Que los Impuros merecen castigos... Que no son nada...*

—Detente.

—*Tal vez deberíamos pasar al recuerdo que ha estado en tu cabeza desde hace un tiempo* — suspiró el monstruo malvado que era su reflejo. —*Ya sabes... Aquel cuyo aniversario está cerca* — volvió a mirarla y sonrió, inocentemente. —*Cuando...*

—¡Cállate! — la Leevanna del espejo sonrió antes de levantarse y colocarse frente a ella, como si fuera su verdadero reflejo. Con la sonrisa engreída pintando su rostro, su brazo extendido y su mano apuntando a la bañera. El agua aún estaba caliente. —Si lo hago... ¿Por fin me vas a dejar en paz? — preguntó Leevanna volviendo la mirada hacia la bañera.

El reflejo se encogió de hombros. —*Vamos a descubrirlo por nosotros mismos, ¿de acuerdo?* — y también volvió la mirada hacia el agua.

Leevanna la miró un segundo, antes de caminar hacia la bañera y subir las pocas escaleras de piedra para poder meter un pie en el agua. Sus rodillas se pegaron a su pecho, y las abrazó con sus brazos antes de apoyar su mejilla en ellas y cerrar los ojos. Cuando por fin fue capaz de recordarlo todo, se frotó cada centímetro de sí misma con una toalla fina en un intento de extirpar cualquier rastro del recuerdo que había estado en su mente durante un tiempo, como había dicho su reflexión.

En el proceso, examinó una de las cicatrices delgadas y grandes en su caja torácica durante varios segundos. También lo hizo con los tres en la parte interna del muslo. Las inspeccionó a todas cuidadosamente.

El agua se enfrió a su alrededor, pero no quería irse y disfrutó del dolor agudo y helado que se hundió en su piel después de media hora de estar allí. Deseaba que se hundiera lo suficiente como para adormecerla mental y físicamente. Apoyó la cabeza en el borde de la bañera y cerró los ojos antes de deslizarse lentamente hacia el agua fría que la rodeaba.

Las punzantes partículas congeladas de ella la hicieron sentir dentro de su piel como hormigas corriendo por todas partes en todas las direcciones posibles.

Cuando su cabeza estaba a punto de sumergirse por completo, se aseguró de no respirar antes de ser empujada por la fuerza de sus recuerdos.

No se asustó cuando el agua comenzó a entrar en su nariz y le dolió la conducta interna. Tampoco cuando sus pulmones comenzaron a pedir aire y su pecho comenzó a comprimirse, elevando ese dolor a su garganta. Dentro de su cabeza estaban los latidos de su corazón como un eco amortiguado por sus oídos tapados.

Abrió las puertas de su aliento y dejó entrar cantidades de agua en sus entrañas.

No abrió los ojos en ningún momento y cerró los labios en un movimiento involuntario cuando su centro de mando comenzó a inundarse de la misma manera.

El agarre de sus manos en los bordes de la bañera se aflojó y se deslizaron lentamente en el agua. Flotando entre las burbujas que hacía su aliento que se desvanecía. Su cuerpo se hundía lentamente en esa sábana negra que la debilitaba cada vez más y sintió la caricia de la muerte rozando su mejilla y comenzando a cantar una canción que estaba lista para cantar.

Su suave velo la envolvía y su ser se desprendía poco a poco de su alma, que era delicadamente cargada por los brazos de la muerte dispuestos a dejarla en el lugar de los sueños eternos, en el que no tendría pesadillas y el monstruo finalmente la

abandonaría. Y la muerte volvió la cabeza, reacia a abandonar a su nuevo seguidor, cuando el sonido de los golpes en la puerta perturbó el sueño de Leevanna.

La muerte, descuidada y temerosa de ser descubierta, dejó caer el alma de la que sería su nueva compañera cuando se abrió la puerta. Las manos de Leevanna se apretaron de nuevo y se agarraron a los bordes de la bañera para darle fuerza a su cuerpo para salir del agua.

Leevanna, jadeante y con un dolor de cabeza resonando por todo su cuerpo, notó la figura de Lhu entrando en el baño.

—Por fin, aquí estás — dijo Lhu agarrando su cepillo para el pelo haciendo que sus brazaletes chocaran entre sí, tintineando. —¿Estás bien? — preguntó frunciendo el ceño suavemente mientras se cepillaba el pelo y la miraba a través del espejo.

—Sí, sí — respondió Leevanna rápidamente y cerrando los ojos. —Espérame cinco minutos, no me voy a demorar.

—Está bien — suspiró Lhu. —Las chicas y yo estamos en la sala común, nos vemos allí — asintió el de ojos de jade y Lhu salió del baño no sin antes cerrar la puerta.

Leevanna se pasó una mano por el pelo mojado antes de centrar la mirada en el espejo, donde la risa de su reflejo la provocaba. Como siempre ocurría cuando se encontraba en uno de esos momentos, sus intentos fallidos de matar el último de sus dolorosos suspiros.

Como siempre, deseaba demostrarle al monstruo que ya no era una niña que tenía miedo del destino, de morir de la manera más cruel posible para poder pagar por sus pecados.

—No lo molestes—rió Leevanna.

Ella, Rhazel, Freya, Jia Xieren, Lhu, Isobel y Esmeray estaban sentadas en el césped del campo de prácticas mientras los chicos



y chicas del equipo Vasilka Aircross seguían entrenando para el partido que sería el próximo sábado a las 11 de la mañana después del desayuno.

Aircross era simple, una carrera contra el tiempo. Los dos personajes principales eran los que huían en escobas, atravesando aros y diferentes obstáculos mientras los Batidores les lanzaban varias bolas encantadas. El propósito era atrapar la Órbita de Luz, una esfera que servía como amplificador de magia durante un par de días, una recompensa para el volador más rápido.

Eran casi las 6:30 PM, y después de las clases había habido un aura relajada entre todos, por lo que habían decidido ver la práctica que se había reservado justo hoy después de las clases. Por supuesto, la Casa Faris había protestado, pero no había nada que ningún profesor pudiera hacer, el campo de práctica estaba libre ese día, y ciertamente los Vasilkas fueron los únicos que pidieron permiso.

—¿¡Ves?! Ella es simpática —dijo Rhaz con la boca fruncida.

Hablaban de algunos recuerdos que tenían de años anteriores, como aquella vez en que Leevanna se cayó de la escoba de Rhazel.

—¡Literalmente se cayó de tu escoba! — se rió Jia mientras le hacía trenzas en el cabello a Freya, quien le estaba haciendo trenzas a Isobel, quien también estaba haciendo lo mismo, pero con Esmeray.

—¡No sabía que tenía, y sigue teniendo, miedo a las alturas!” Rhaz se defendió con voz aguda. —Y Lhu me dio la idea. ¡Y ya no me gusta Leev!

—Bueno... No soy la profesora Starling, ¿cómo se suponía que iba a saber que se iba a caer? — se rió Lhu antes de beber su jugo de calabaza.

—¿Quién te salvó, por cierto? — preguntó Isobel. —No puedo recordar nada de ese día, excepto Rhazel disculpándose cada dos malditos segundos y comprándote todos los dulces del mundo.

—Vailant — murmuró Leevanna abriendo un ala de ángel de chocolate que Freya le había regalado. —Él me salvó.

—Sí, ahora lo recuerdo — dijo Jia Xieren desenvolviendo su piruleta. —Literalmente te vio y agarró a su escoba para atraptarte de inmediato.

—No fue gran cosa.

—¿No fue gran cosa? — se rió Isobel. —¡Literalmente fue elogiado y felicitado e incluso recibió puntos por salvarte! — continuó. —Todos los chicos estaban tan celosos de él, lo juro.

Leevanna frunció el ceño, —¿Celosos? ¿Por qué?

—Eh, ¿hola? — dijo Isobel riéndose. —Literalmente, nadie, aparte de Lhu o Esme, te ha tocado de esa manera — explicó. —Estaban celosos por eso. Nadie lo ha hecho, y Eisdrache, siendo tu rival académico, lo ha hecho”.

—Tenía muchos Monkuvines en la cabeza ese día cuando te vio caer —se encogió de hombros Esmeray. —Izzie tiene razón.

—¿Explícame qué eran los Monkuvines otra vez? — frunció el ceño Freya, confundida, que ahora estaba sentada detrás de la rubia para trenzarle el pelo. Freya era como la hermana mayor de Esme, y cuando Leevanna no podía estar ahí para ella, Freya sí.

Esme sonrió dulcemente, —Son criaturas invisibles que flotan a través de tus oídos cuando estás experimentando un nivel alto de ansiedad, miedo o sentimiento negativo o tienes dolor — Freya asintió como una forma de agradecer. A Freya no se le daba bien recordar criaturas mágicas.

Fue en ese momento que Mason, Eisdrache y Aidan aparecieron riendo mientras sostenían sus escobas. Rhazel no tenía ganas de jugar ese día, así que se había quedado a cotillear con las chicas.

—¿Teniendo una charla de chicas, Rhaz? — se burló Aidan.

—Al menos no me rechazan, Aidan —contraatacó con una sonrisa en su rostro. Todas las chicas se rieron, y Aidan entrecerró los ojos mirando a su amigo.

—¿De qué estaban hablando? — preguntó Eisdrache sentándose junto a Freya y agarrando una de sus alas de ángel de chocolate.

—Cuando salvaste a Leevanna de morir — respondió Freya. — ¡Y no me toques! ¡Estás todo sudado, iugh! — Eisdrache se echó a reír antes de intentar tocarla de nuevo.

—Estábamos diciendo que lo que hiciste fue muy heroico — dijo Jia con una sonrisa.

Eisdrache dejó de molestar a Freya y tragó saliva, captando los ojos de Vaughan por una fracción de segundo, antes de volver los ojos hacia Jia: —No fue gran cosa.

## CAPÍTULO CUATRO



### *Asesinar Alientos*

—¡Feliz cumpleaños, Freya!

Era la mitad de la noche del 1 de octubre, y todo el grupo de amigos se había reunido en el dormitorio de la niña para darle una sorpresa. Había ido al baño y Thea les había dado a sus amigas la señal para que entraran en el dormitorio y decoraran lo más rápido posible antes de que Freya saliera del baño. La mano de Freya voló hacia su pecho, asustada por tantas voces a la vez, —¡Por el amor de los dioses! ¡Casi me matan del susto!

Thea fue la primera en lanzarse sobre su mejor amiga, quien la abrazó con cariño. —¡No seas tan gruñona! — se rió. —¡Es tu cumpleaños!

—Estaba durmiendo, muchas gracias — dijo Freya antes de recibir el abrazo de Lhu. —¿Dónde están mis regalos?

—¡Oh, esta perra materialista! — exclamó Rhazel con voz aguda sosteniendo uno de los regalos más grandes. —Sabes, la mayoría de la gente aprecia a sus amigos más que los regalos.

—Cállate, Rhaz — se rió Freya antes de recibir su regalo y abrirlo. —¡Oh, no puede ser!

—Tuve que enviar a mis elfos hasta Estresya para encontrar a alguien que lo hiciera, pero...

En ese momento, Freya se lanzó sobre él en un abrazo antes de dar pequeños saltos en el suelo.

La scarabattola estaba hecha de cristal, diamantes y oro por todas partes. En su interior estaba la figura de Freya, la reina de los dioses y diosas y la mujer que había dado nombre a su amiga. La diosa, hecha de porcelana, tenía los brazos extendidos y mirando hacia abajo, estaba de pie bajo una lluvia de estrellas y arcoíris, la sombra venía de abajo mientras las figuras de los otros dioses salían de ella, tratando de atrapar un poco de la tela que cubría a la reina de los dioses y su omnipotencia. Era una pieza única como ella.

—¡Espera, ahora mi regalo no parece nada comparado con el tuyo! — se quejó Mason, dándole a Freya una caja rectangular de terciopelo, dentro de la cual había el collar más fino hecho de diamantes y zafiros que eran tan claros como los ojos de la niña.

Leevanna negó con la cabeza mientras sonreía al ver a Rhazel y Mason pelear por quién tenía el mejor regalo para Freya antes de acercarse a ella. —Me dijiste que los querías, pero aquí no los hacen, así que le pregunté a una de mis tías si en Pietra lo tenían — dijo encogiéndose de hombros. Dos grandes rollos de tela de damasco y cachemira hechos con hilos de oro fueron el regalo de Leevanna. Uno era esmeralda y el otro de un tono púrpura intenso. Los ojos de Freya brillaron hipnotizados por las telas que tenía delante.

—Definitivamente ella gana —dijo Lhu con una sonrisa al ver como Freya estaba casi a punto de llorar mientras acariciaba las suaves telas.

—No te voy a abrazar, pero este es el mejor regalo de mi vida — dijo Freya hacia Leevanna, quien le dio una sonrisa con la boca cerrada y asintió, aceptando que el contacto físico estaba fuera de la lista. Era lo mejor, lo sabían.

—Bueno, ¿quién quiere festejar? — exclamó Rhazel tomando dos botellas de Flower Shot, una bebida alcohólica hecha de

polvo de estrellas de frambuesa y brandy negro. Todo el grupo aplaudió y Lhu comenzó a encantar la sala para que ningún ruido se filtrara a través de la puerta y pudieran celebrar en paz. Thea puso algo de música que les gustó y comenzó a bailar mientras ella y Leevanna acomodaban los dulces y los diferentes aperitivos que había traído. Los muchachos se habían traído cada uno dos botellas de licores diferentes. Mason trajo el whisky Naullina y el vino Issenti, y el vino de fuego Eisdrache, que era un tipo más fuerte. Lhu le estaba dando su regalo a Freya antes de ayudarla a organizar varias bolsas de frijoles como un círculo mientras Rhazel hacía un extraño tipo de baile.

—¿Qué diablos estás haciendo? — se rió Mason antes de tomar un sorbo de su whisky.

—Se llama divertirse — dijo Rhazel con una sonrisa antes de servirse más Flower Shot. Los ojos de Leevanna se dirigieron a la botella que sostenía su amiga, nunca antes había probado ese tipo de licor, solo le gustaba el vino Issenti, que era dulce y sabía a cerezas maduras.

—¿Sabe bien? — le preguntó a Rhazel, quien la miró por un segundo. Sabía que ella no bebía mucho y que el licor que estaba tomando era mucho más fuerte que su vino habitual.

—Es un poco dulce por el brandy — le respondió. —Pero el polvo de estrellas lo hace un poco amargo al final, te quema un poco la garganta.

—¿Puedo... puedo tomar un poco? — dijo tímidamente, señalando con el dedo la botella.

—¿Estás segura princesa? Esto no es tan dulce como tu vino — le advirtió Rhazel. —Y lo amargo al final te hace buscar lo dulce con cada sorbo. Puede engañarte.

—Es licor de hombres, Vaughan —dijo Eisdrache Vailant con su copa de Vino de Fuego cerca de la boca. Su cabeza apoyada en su puño. Él le sonrió y le dijo: —Y tú eres una mujer.

Leevanna entrecerró los ojos y lo miró.

—Sírreme un poco, Rhaz.

Los ojos de Eisdrache permanecieron fijos en los suyos, desafiantemente engreídos.

Rhazel alternó su mirada entre los dos durante un par de segundos, luego se encogió de hombros y agarró la copa de Leevanna para servirle un poco del licor que había estado bebiendo unos segundos antes. Los ojos de jade de la niña miraron fijamente su reflejo en el licor. Seguro que no sería tan malo. Si Rhazel podía, podía. Además, supuestamente el Vino de Fuego también era solo para hombres, y había visto a Freya beber media botella en media hora sin quejarse. Y quería darle a Vailant una razón para callar su chovinismo hacia ella.

Olió el chupito de flores por un segundo, sintiendo que la frambuesa mezclada con el brandy negro invadía sus fosas nasales. Evitando toser ante el fuerte olor, bebió todo el licor de su copa, con los ojos fijos de nuevo en los de Vailant, que no había apartado la mirada de ella. Después de su largo sorbo, tragó saliva, pensando que no era tan malo y que en realidad sabía bien, eso hasta que llegó a su fin y la fuerte amargura del Polvo de Estrellas hizo que su garganta ardiera como si se hubiera tragado fuego forestal. Tratando de no hacer ninguna mueca que pudiera delatar la sensación dentro de ella, se aclaró la garganta.

—No es tan malo — dijo, agradeciendo a los dioses por no dejar su voz ronca. Y hasta cierto punto era la verdad, no era horrible, pero la última sensación no era algo que volviera a buscar. Vino Issenti para ella, muchas gracias.

—Una mujer puede hacer todo lo que hace un hombre e incluso más —sonrió Thea ampliamente.

—Los hombres son una mierda —se burló Freya.

—*¡Oye!* — gimieron Rhazel y Mason a la vez.

Todas las chicas se rieron cuando los tres chicos empezaron a protestar diciendo que no eran una mierda y que ciertamente *no* pertenecían al cubo de la basura.

Dos horas más tarde, cuando el alcohol ya había hecho efecto y estaban demasiado cabreados como para dejar de reírse, Leevanna se estaba divirtiendo todo lo que podía, sabiendo que nadie se enteraría de que había estado fuera del toque de queda, ni su padre, ni nadie. Ahora se reía y se había vuelto muy cariñosa y divertida. Incluso dejaba que el resto de sus amigos la tocaran, aunque estaban demasiado cabreados con el alcohol para darse cuenta de ello. Las chicas cantaban y bailaban juntas, disfrutando de estar en una edad tan divertida. Mientras tanto, en los pufs de felpa, Mason y Eisdrache dieron la bienvenida a Rhazel, que acababa de dejar de bailar con las chicas y estaba un poco sudada.

—No sabía que Leevanna podía ser tan bailarina — rió Rhazel antes de sorber su copa de Flower Shot, estaba sin aliento, las chicas lo habían estado haciendo bailar y saltar hasta que le dolían los pies, especialmente Leevanna.

—Todo se resuelve con alcohol — bromeó Mason, que estaba a su lado, los tres se rieron.

Eisdrache sonrió contra su copa de Vino de Fuego, sus ojos se desviaron hacia Vaughan, quien, vestida con un camisón esmeralda que le llegaba hasta la parte superior de los muslos junto a una bata a juego, saltaba y movía la cabeza de un lado a otro, haciendo que sus rizos blancos puros se deslizaran y saltaran a su ritmo. Sus ojos de tormenta comenzaron a bajar desde su rostro hasta su cuerpo bien desarrollado. Sus brazos todavía eran muy delgados y sus clavículas eran tan visibles como antes. Ahora, su pecho... Eisdrache podía adivinar que no llevaba sujetador, así que sus pechos... Apartó la mirada de inmediato cuando un suave calor invadió sus mejillas.

¿Qué le pasaba?!



¿Desde cuándo *se sonrojaba* por Vaughan? Era *Vaughan*. Esa perra que le hacía la vida imposible, por el santo Paraíso. Quería asesinar sus alientos. No tenía esos pensamientos sobre Lhu o Freya o Thea o Leah o cualquier chica que pasara frente a él. Sí, era un hombre con necesidades que encontraba a muchas mujeres muy bonitas y hasta hermosas... ¿Pero Vaughan?

Por el amor de la mierda.

Y cuando sintió que algo entre sus muslos crecía cuando el vestido de Vaughan se levantó revelando la curva de su culo redondo, tuvo que separar las piernas y mantener una mano dentro del bolsillo de su pantalón de dormir. De repente, su cuerpo estaba caliente. —Joder —susurró tan bajo como pudo, tratando de recuperar el aliento. —No por ella, por el amor de Dios — y se acabó el alcohol que quedaba de su copa de cristal.

—Amigo — dijo Mason, que había estado hablando con Rhazel, pero se dio cuenta del incómodo movimiento que su amigo había hecho en su asiento. —¿Todo bien?

—Sí —suspiró Eisdrache. —Creo que fue demasiado vino — y sus ojos se dirigieron de nuevo a Vaughan.

Esa perra.

Su cabeza se volvió hacia sus amigos, y trató de unirse a su charla lo mejor que pudo, sin embargo, su mente estaba en otro lugar que no debía ni podía ir. Ni ahora, ni nunca. Simplemente no. Era definitivo.

Casi a las cuatro de la madrugada, cuando terminó la pequeña fiesta por el cumpleaños de Freya y todos ya tenían bastante sueño, todos se despidieron de Freya y Thea para luego salir de su dormitorio e ir al suyo.

Pero Eisdrache tenía otros planes.

—¿Vienes con nosotros? —preguntó Mason arrastrando las palabras, al ver que su amigo se detenía a mitad de camino. Eisdrache negó con la cabeza y le mostró su paquete de cigarrillos. Mason asintió y siguió caminando con una Rhazel muy cabreada que balbuceaba una canción que había estado sonando antes. Eisdrache se dio la vuelta y comenzó a caminar por el pasillo del dormitorio de la niña y se dirigió hacia la sala común de Vasilka. Pensó en pedir prestado un libro de las estanterías que ofrecía la habitación, pero luego, recordando sus cigarrillos, siguió caminando hasta llegar al segundo espacio de la sala común y abrió una ventana cerca de él.

Pasaron los minutos mientras fumaba, con la mirada entretenida con la variedad de Ondines y Raidnes.

Se burló cuando apareció la figura de un Gryrku.

Y fue en ese momento que se escucharon pasos. Encendió el cigarrillo e hizo un gesto con la mano para que desapareciera por si se trataba de un profesor, pero frunció el ceño al ver la figura de otra persona. Alguien a quien ciertamente no quería ver.

Vaughan.

¿Qué podría estar haciendo fuera de su dormitorio a esa hora si la fiesta ya había terminado?

Su atenta mirada la siguió hasta que ella se escabulló a través de una puerta de madera oculta que conducía a una especie de cobertizo para botes que Vasilka tenía el privilegio de tener, ya que el lago Attlely rodeaba su sala común. Frunció el ceño. ¿Por qué iba a ir allí? Y con una toalla también. Eran casi las cinco menos cuarto.

Poniéndose de pie sin hacer ruido, comenzó a caminar en dirección a la puerta que Vaughan había cruzado hacía unos minutos, dándole tiempo suficiente para no notarlo. Y él la siguió.

Mientras tanto, Leevanna estaba sentada en el muelle del cobertizo para botes, con los pies sumergidos en el agua fría

mientras jugaba con ella. Estaba pensando en la vida. Lo solitaria que es. El camino de esta. Nacemos solos; Morimos solos.

La gente te traiciona, lo peor es que la traición no viene de tus enemigos, si no de los que considerabas amigos, aliados. Si lo pensamos de esta manera, todo está realmente solo. Las estrellas, por ejemplo, viven solas en la página oscura que nos observa desde arriba, separadas unas de otras. Las personas, sin embargo, siempre encuentran la manera de juntarlas y formar constelaciones, pero ¿quién le pregunta a las estrellas si quieren estar juntas? Tal vez les guste la vida solitaria. Se siente sola.

Sus ojos siempre captan todo lo que la rodea; los pequeños detalles que la vida y la naturaleza tienen para ofrecer. Los animales suelen ir acompañados, viajan juntos. Se preocupan por la supervivencia de su compañero. ¿O tal vez no? Sin embargo, ¿por qué la gente sonríe tan a menudo?

¿Cuál es el propósito de hacerlo de todos modos?

¿Cambia algo? ¿Hace que las cosas mejoren? Ni siquiera recuerda la última vez que una sonrisa sincera decoró su rostro. Había pasado mucho tiempo, ella lo sabe. Sus sonrisas no son tan sinceras hoy en día, no duran mucho antes de que sus labios vuelvan a bajar. Se pregunta cuándo volvería a sonreír sinceramente. Tal vez no lo volvería a hacer nunca más. Hay demasiada tristeza en su interior como para hacerlo. A ella le gusta, estar triste. Todo es azul y gris. Negro y plateado a veces. Le gusta el negro, cómo se desvanece hasta que todo queda en blanco.

Siempre ha visto las emociones como colores.

A veces también los ve como números.

El dolor es similar al gris, como una niebla a tu alrededor, asfixiándote mientras el aire te raspa la garganta y las súplicas desgarran tu carne. El dolor es humo. Un tono gris oscuro. Si fuera un número sería un 8, porque la forma de este es una curva infinita.

La tristeza sería un 11, las que se asemejan a las gotas de lágrimas que derraman las nubes. Si fuera un color, sería regalía, la tonalidad que tiene en una tela teñida a mano. Es oscuro pero tranquilo al mismo tiempo, aunque se siente sofocante si lo miras durante mucho tiempo.

El miedo es de color rojo vino, similar a la sangre coagulada. Forma un nudo en la garganta y no le permite respirar ni hablar. No puedes pedir ayuda, aunque sabes que no la mereces de todos modos. Nadie va a venir por ti. Nadie se fija en ti. Como número sería un 7, su forma es similar a un corte.

La ira sería un tono oscuro de aguamarina o azul. Al igual que el mar, te ahogas en él y tu visión es borrosa. Como un número sería 81, no sabe exactamente por qué, pero ese número la hace sentir incómoda y enojada.

Tiene el 8 del dolor y el 1 como venda en los ojos. Sin embargo, el agua la hace sentir tranquila. Es raro porque ella lo asocia con la ira. Tal vez sea porque sus pesadillas la hacen sentir así y nadar en el lago Attlely la calma.

La calma sería el color negro. Es silencioso y no la asusta. Todo está claramente en la oscuridad, no tiene que sentir ni oír nada. No tiene que fingir. Nadie puede ver en la oscuridad. Como número sería un 0, no representa nada.

Poniéndose de pie y escondiendo su toalla en una esquina, sus manos agarran los extremos de su camisón y comienzan a deslizarse por su cuerpo, y luego se saca la ropa interior, sin notar una mirada atenta de un chico que estaba lejos de ella al otro lado del cobertizo para botes. Se sienta de nuevo y da un pequeño salto para meterse en el agua. Nadar para ella es glorioso, se siente completa, y ser parte y nacer del elemento agua le da una sensación de autorrealización que no puede experimentar mientras hace otra cosa. Se sumerge por completo en su interior, abre los ojos y el mundo bajo el lago adquiere un nuevo resplandor ante ella. El pequeño castillo de los Raidnes dando una luz tenue a todo el lago desde el fondo de este.

El agua hace un sonido silencioso cuando su cabeza sale de ella. Sus ojos se abren lentamente, siente sus pestañas húmedas y pesadas por las gotas de agua. La luz de la luna le permite ver mejor. Su nariz sigue estando bajo el agua, pero eso no importa.

Espera un segundo. Hay alguien más.

La luz plateada del cielo hace que su cabello rubio adquiera un brillo poco común, mezclándose con los mechones oscuros. Tiene las manos en los bolsillos. Su cabeza está agachada, perdida en algo que había encontrado en el suelo. De todos modos, ella está extremadamente lejos y no planea hablar con él ni hacerle saber que está allí. Si ella se suicida en ese momento, él no se va a dar cuenta. Sus ojos se mueven siguiendo su movimiento cuando él se agacha para atrapar lo que parece ser un avión y una pequeña piedra. Ella no se mueve, si él tira la piedra, no la va a golpear. Está muy lejos.

Cuando él mira hacia arriba, ella baja inmediatamente. Es estúpido, pero se asustó.

Espera un segundo. Muchos segundos.

Se ha tirado una piedra. Podía oír el sonido profundo que hacía cuando se ahogaba en el fondo del lago. Espera más segundos. Vuelve a salir del agua. Solo sus ojos y su nariz. Necesita coger un poco de aire. Ahora está encendiendo un cigarrillo.

*Bastardo.*

Sus ojos se entrecierran.

Tiene un paquete de cigarrillos en la mano y saca uno. Una vez que ha encendido el cigarrillo, lo sostiene entre los dedos índice y medio a un lado de su cuerpo mientras el humo sale de su boca. Es pacífico, ver la nube gris que sale de su boca. Tal vez algo o alguien lo haya lastimado. Parece gris. Su humo es gris.

Vio a su padre por la mañana. Le dio un ramo de peonías rosas de diferentes tonos y le pidió su opinión para un regalo porque el cumpleaños de Skarlova estaba en camino. Ella siempre le decía

a Luther que no era necesario en absoluto, y que haría cualquier cosa por él de todos modos. Se preguntó si el rubio también le daba regalos a su madre todos los días. O si su padre le hubiera dicho algo. No es que le importara. Y menos si estaba herido y dolorido.

Pero su humo seguía siendo gris.

Sus ojos observaban la página oscura y los puntos blancos sobre él. Enamorado del paisaje oscuro que la luna pintó esa madrugada.

Y vuelve a sumergir la cabeza para nadar aún más profundo. Nadar en soledad. Tal vez tratando de matar sus respiraciones.

## CAPÍTULO CINCO



### *Pegasiphix*

—¿A dónde vamos? —preguntó Mason, ayudando a Thea a bajar la colina en la que estaba el castillo para poder ir a la cabaña que se había construido para los pocos profesores de Stouvania.

Lhu, terminando de comer su copo de nieve hecho de azúcar, dijo: —Vamos a ver a los Pegasiphixes que vinieron de Stouvania — Mason la ayudó a bajar para que no se cayera. Leevanna se condenó a sí misma por dejar que Lhu la vistiera hoy. Llevaba unas botas negras de tacón y bajar esa colina ahora parecía casi imposible. Rhazel estaba ayudando a Freya y la única persona a la que podía pedir ayuda era Vailant, que estaba detrás caminando como si nada. ¡Oh, cómo envidiaba a los hombres! Y no le pediría ayuda a Vailant.

Tratando de no torcerse el tobillo, continuó caminando y trató de mantener el equilibrio, sin embargo, la altura en la que estaban no ayudó mucho, por lo que tropezó.

Sin embargo, no se cayó.

Un fuerte agarre de su antebrazo le impedía rodar colina abajo como una patata. Sus ojos miraron hacia arriba, viendo una figura alta que era su apoyo. Su expresión era severa, casi tensa. — ¿Podrías mirar por dónde caminas? — mordió las palabras. Leevanna le apartó el brazo de un tirón, mirando de arriba abajo.

Continuó caminando, tropezando cada cinco segundos.

Cuando estaba a punto de pedirle a Rhazel que la ayudara, volvió a sentir ese fuerte apretón alrededor de su brazo. Vailant empezó a caminar, arrastrándola. Lo bueno fue que ya no tropezó. El ritmo se aceleró, sí, pero en ese momento solo quería llegar a la cabaña y ver a los Pegasiphixes. Cuando llegaron al final de la colina, Leevanna se separó de él. Sus ojos parpadearon contra los suyos.

Una vez que todos estuvieron abajo, continuaron caminando. Leevanna abrió su viejo libro escolar, *Guía de criaturas mágicas*, en la página marcada que tenía sobre las criaturas que iban a ver. El director de Stouvianian no quería que el profesor Crunswor Conleun, el cuidador de todas las criaturas que vivían dentro del bosque, o los estudiantes de Gleaxsieran se acercaran a los Pegasos que había traído, ya que eran caprichosos y difíciles de manejar. Y eso fue suficiente para que Leevanna comenzara a investigar. Estaba segura de que no eran Pegasos, así que había reunido a su grupo de amigos habitual y les había guiado para ver a los supuestos Pegasiphixes, criaturas que se suponía que era ilegal tener.

—¿Cómo te las arreglaste para abrir esa cosa? — preguntó Thea. —La última vez que estuve en la biblioteca y traté de abrirla, el libro me mordió — gruñó. —Pero, se lo devolví.

—Primero tienes que pedir la información amablemente”, respondió Leevanna mientras seguía leyendo el libro. —Los libros encantados adquieren la personalidad del usuario mientras está con ellos.

Rhazel se rió, —Te acaba de llamar irascible.

Leevanna sonrió. —No quería decirlo de esa manera”.

Thea se limitó a abrir la boca en señal de protesta, aun sabiendo que era verdad. Era la más caprichosa del grupo y si no se salía con la suya hacía un berrinche. —Ni siquiera intentes negarlo — se rió Freya.



—¡Se supone que debes estar de mi lado!

Cuando llegaron a la cabaña, se aseguraron de que no hubiera nadie dentro de ella. Al rodearlo, descubrieron que no había ni un solo Pegasiphix alrededor. —Pensé que estarían aquí — dijo Mason con ambas manos en las caderas. Leevanna se detuvo a mitad de camino, sin dejar de leer, y luego siguió caminando hacia la entrada del bosque. El grupo se miró y, encogiéndose de hombros, siguieron a su amigo.

—¿Estás segura de que no son solo Pegasos? — preguntó Freya con el ceño fruncido, no era muy fanática de la naturaleza y de los insectos en específico. —Estoy casi segura de que los Pegasiphixes son un mito — y tenía razón, hasta cierto punto. Los Pegasiphixes no eran algo que se viera todos los días; nadie había visto uno desde los primeros años de la Rebelión. Eran criaturas mágicas protegidas.

Leevanna siguió caminando. Le encantaban las criaturas mágicas, y ellos también la amaban a ella. Tenía una afinidad seductora por ellos que era cautivadora.

Continuaron caminando por el interior del bosque hasta llegar a un claro. Leevanna se detuvo y apartó la mirada de su libro. La voz de Vailant pronto se filtró a través de sus oídos, —Juro que si nos hiciste venir aquí por nada y Freya tiene razón, te mataré.

—Cállate —dijo con calma.

Sus ojos se quedaron maravillados por los altos árboles y los diversos tipos de flores. Los cerró después de unos segundos, tal vez ver no era algo que necesitara. Sus cuatro sentidos restantes se amplificaron, todos los sonidos que llegaban a ella, los sentimientos, el olor, toda la naturaleza venía directamente a ella, como olas. Entonces sintió una proyección de ella saliendo de su cuerpo, flotando lejos para encontrar lo que quería. Tardó unos instantes, pero luego, cuando volvió a abrir los ojos, allí estaba, escondido detrás de un robusto árbol. Un Pegasiphix.

Cerró su libro, dejándolo en su bolso, y comenzó a caminar pequeños pasos hasta que estuvo frente a la criatura. El gran animal de perlas blancas era hipnotizante.

Los Pegasiphixes eran híbridos de la mezcla de Pegasos y Fénix. Eran tan raros como llegar al final de un arco iris en un día soleado, casi imposible, solo unos pocos podían hacerlo, y eso era lo que hacía que las criaturas fueran tan especiales, y tan prohibidas también. Algunos encantadores e incluso no encantadores, los cazaban por sus ojos, de los que se decía que eran cambia tiempos ocultos, e incluso que sus alas, al tener oro en sus plumas, tenían poderes curativos.

Su sangre también era especialmente importante debido a que se decía que, en rituales oscuros, el bebedor adquiría su fuerza y conocimientos astronómicos, porque los Pegasiphixes habían estado viviendo en la tierra desde la creación, al igual que sus lágrimas se usaban en pociones curativas y de belleza o venenos mortales.

Sin embargo, la sorpresa no terminó ahí, porque la criatura levantó un poco su ala, revelando que tenía un recién nacido. Pronto llegó otro Pegasiphix, este más grande, probablemente el padre del recién nacido debido a su palpable proyección de protección y posesividad. Leevanna tenía un poco de conocimiento suficiente para entender que los Pegasiphixes eran sobre todo una criatura egocéntrica y celosa que actuaba como un pavo real en el arte de seducir a una hembra. Así que sí, debido a las feromonas que liberó su cuerpo, a la criatura no le gustaría mucho que actuara de manera grosera.

Aun así, su cuerpo se tensó ante la vista ante sus ojos, y sus manos se estremecieron ligeramente a medida que daba más pasos. Cierta rubio vio la vacilación colonizando el cuerpo de su compañera de piso y, sin darse cuenta, dio un paso adelante en el intento de ir en su dirección, pero cuando se dio cuenta, retiró rápidamente la mano que le extendía y se la pasó por el pelo. Nadie se dio cuenta.

La criatura frente a ella examinó su presencia durante lo que pareció un minuto más o menos, y el cerebro de Leevanna estaba funcionando más rápido que nunca mientras pensaba en qué hacer ahora.

Optando por mantener la compostura y la espalda recta, exhaló dejando que parte de su magia actuara como una barrera en caso de que algo sucediera.

Y luego, con una mano sobre el pecho, se inclinó ligeramente hacia los tres.

El padre fue el primero en acercarse unos pasos, haciendo una especie de gemido con la nariz. Leevanna sintió que su magia se detenía antes de que pudiera protegerla por completo.

Leevanna tragó saliva, pero se quedó allí antes de levantar la vista lentamente. En lugar de una barrera, su magia comenzó a actuar como un amuleto seductor. Al ver cómo la criatura dudaba si daba un paso adelante, dejó salir más de su magia, haciendo que aparecieran pequeñas flores amarillas alrededor de la criatura. Había leído en algún lugar que a los Pegasiphixes les gustaba que los mimaran, y eso era exactamente lo que estaba haciendo. Si la criatura fuera un macho como ella pensaba que era, podría usar más de su magia física para liberar feromonas para que intentara “seducirla”, en cierto modo.

La hembra de Pegasiphix comenzó a caminar hacia Leevanna, con su recién nacido todavía bajo su ala, dejando al macho unos pasos atrás. Entonces la criatura se inclinó ante ella. Usando un poco del coraje que tenía dentro de ella, miró directamente a los ojos grises de la criatura, quedando hipnotizada instantáneamente por la fascinante vista. Era como si mirara el humo a través de un cristal, y al instante se transportó a un mundo de la naturaleza y casi nada malo, podía sentirlo, y justo allí supo que estaba en el Paraíso, la tierra donde vivían dioses y diosas antes de la humanidad. Y por un momento sintió que pertenecía allí.

En el Paraíso.

Leevanna se enderezó mientras el animal acercaba la cabeza para que la niña pudiera acariciarlo. Para su sorpresa, ni siquiera había intentado impresionarla, lo cual era extraño después de la cantidad de feromonas que había dejado que su cuerpo produjera. Pero, en cambio, la criatura parecía respetarla, al menos de alguna manera, como si fuera especial o estuviera por encima de su nivel.

El Paraíso era todo lo que había soñado conocer algún día, incluso si eso significaba sacrificar su alma, y la mera idea de que un Pegasiphix le hubiera mostrado voluntariamente la tierra que estaba prohibida para los mortales, la tenía casi llorando a mares. Era más que hermoso. Parecía haber oro en lugar de sol y diamantes en lugar de gotas de agua. Las flores y las plantas parecían ser cristalinas y el olor... Se oyó un murmullo, débil y vago, lo bastante fuerte como para que lo oyera el viento, que lo atrapó entre suspiros.

—*Krishna...*

Leevanna parpadeó un par de veces cuando había regresado a su realidad, donde sus amigas sonrieron y soltaron pequeñas carcajadas de asombro. Leevanna sonrió y presionó su frente contra la de la criatura, riendo para sí misma mientras el Pegasiphix casi ronroneaba contra ella, incluso el recién nacido se acercaba a ella. El susurro llegó a la parte inconsciente de ella, la que estaba durmiendo, lista para ser despertada algún día por su magia.

En ese momento, Vailant resopló: —Oh, por favor — mientras todos seguían aplaudiendo la hazaña de Leevanna al domar a la bestia.

—¿Celoso? —la chica a su lado, Thea, lo miró con una ceja levantada y una sonrisa burlona mientras el animal detrás de Leevanna protegía su persona.

—Nunca — respondió, echando humo de indignación. —Es solo una perra estúpida y nada más.

—¡Eisdrache!”, reprendió Lhu. Él solo levantó las cejas y luego resopló. Sabía que era mejor no insultar a Vaughan delante de Lhu.

—No te molestes, Lhu —dijo Leevanna sin dejar de acariciar a la criatura. Los había oído. —Es solo un bastardo celoso.

—¿Qué acabas de decir? ¿Eh? Perra asquerosa — y eso hizo que Leevanna volviera la cabeza.

Sus ojos se helaron ante su comentario: —Que estás celoso de mí.

—En tus jodidos sueños — gruñó Eisdrache antes de empujar a todos los que se cruzaban en su camino para dirigirse a su rival académico. —¿Crees que eres mejor que yo?

—No lo creo, *lo soy*.

Leevanna sintió que la criatura se tensaba detrás de ella mientras la empujaba a un lado para que no pudiera ser lastimada. En ese momento, la de ojos de jade supo que se había ganado el respeto y la devoción de los Pegasiphix, sin saber cómo, pero era obvio que Vailant estaba muy lejos de lograrlo.

A pesar de eso, se paró frente a ella, listo para luchar contra ella.

Sin embargo, antes de que pudiera hacer nada, el macho Pegasiphix se paró frente a Leevanna y, extendiendo sus alas, clavó sus ojos en los de Vailant, cuya expresión se convirtió en de puro horror. Sus ojos blancos como el color y la boca abierta hicieron que varios estudiantes gritaran de terror. La criatura no dejaba de mirar fijamente a los ojos de Vailant, y al verlo, estaba sufriendo por la visión presentada por la criatura.

Vailant cayó entonces al suelo, con los ojos aún blancos y el cuerpo convulsionado. Leevanna se quedó allí, conmocionada y asustada, viendo a la rubia temblar en el suelo. A Pegasiphixes no le gustaba que lo amenazaran, pero no era contra quien Vailant quería luchar. Ella, inmóvil, sintió que la criatura caminaba hacia

ella, colocándose detrás de su cuerpo. La había protegido de ser atacada por Vailant.

—¡Eisdrache! — gritó Freya, corriendo hacia el chico que seguía convulsionando en el suelo.

—Tenemos que llamar a un profesor — dijo Mason también corriendo hacia su amiga. Thea estaba siendo abrazada por detrás por Rhazel. —Necesita que lo lleven al hospital — Rhazel asintió y agarró a Thea del brazo para que pudieran ir a la entrada del castillo y buscar a un profesor que pudiera ayudarlos. Freya permaneció en el suelo, sosteniendo la cabeza inconsciente de Vailant.

Lhu hizo un encantamiento de escaneo, pero no entendió muy bien el diagnóstico que mostraba.

Todo era oscuro púrpura y rojo.

Leevanna se volvió hacia el Pegasiphix macho, una pregunta dentro de sus ojos, la criatura asintió una vez antes de mirarla directamente a los ojos, y una vez más fue llevada al Paraíso, un pequeño orbe hecho de cristal estaba entre sus manos. Con un parpadeo, regresó a su realidad, escuchando la voz de Lhu llamándola. La criatura ya se había ido cuando volvió a parpadear.

—Leevanna — volvió a llamar Lhu, haciéndola girar la cabeza hacia ella. —¿Entiendes algo de lo que dice aquí? —la de cabellos blancos asintió, bajando la mirada hacia sus manos con el universo compactado en una esfera de vidrio que colocó en una bolsita de terciopelo que había convocado para luego hacerla desaparecer en el aire para poder encerrarla con muchas otras cosas en una bóveda de oro dentro de su mente. Fue en ese momento cuando el profesor Sthepon Reeves y Alex Macnamara llegaron al lugar. El segundo les preguntó qué había pasado y Freya y Lhu empezaron a divagar.

—Si les dicen que no vayan a buscar criaturas mágicas, simplemente no lo hagan — gruñó el profesor Reeves, sus ojos miraron a Leevanna por un momento antes de levitar el cuerpo de

Vailant mientras la profesora Macnamara usaba su magia para aplicar algunos amuletos sedantes en el cuerpo de Vailant para que no volviera a convulsionar de camino al ala del hospital donde Madame Pamela podría tratarlo. Los dos profesores comenzaron a caminar, Lhu, Freya y Mason los siguieron mientras les explicaban lo que estaban haciendo dentro del bosque a esa hora del día. Lhu se estaba secando algunas lágrimas.

Echando un vistazo al lugar donde habían estado los tres Pegasiphixes momentos antes, Leevanna suspiró y siguió a los demás, ajena a lo que decían sobre lo que había sucedido; Sus pensamientos se sumergieron en la pequeña forma de universo que tenía consigo misma. Sabía lo que era, ciertamente, pero luego estaba la cuestión del millón de riyales.

*¿Por qué?*

Pasaron más días, despacio y sin mucho que decir. Ya era viernes otra vez. Mañana sería la selección de los veinte campeones para el Torneo Paragón.

Leevanna no se lo estaba pasando muy bien. Había comenzado hacía dos días con una inmensa necesidad de tener que ducharse cada vez que podía. Tenía picazón y dolor en todo el cuerpo, especialmente en el cabello, y le picaban los huesos, por el amor de Dios.

Podía sentir cómo corría su sangre, cómo se digería su comida. Fue una pesadilla. Y no era que estuviera sucia, Leevanna Vaughan era una persona increíblemente higiénica. Se aseguraba de que el baño de su dormitorio se limpiara dos o tres veces por semana, dependiendo del uso que se le diera al mismo.

Así que, dos días antes, en medio de la noche, se había despertado con una increíble picazón ardiente e irritación, lo que despertó a Lhu de sus gritos y resfriados. Lhu había llamado a Sthepon, quien fue a su dormitorio con Madame Pamela, la

enfermera del Instituto, y le dio a la chica de cabello blanco un sedante que la dejaría dormir después de haberse bañado con una crema especial que terminaría con la sensación en su cuerpo.

Leevanna finalmente había podido estar en paz.

Lhu había escuchado a Madame Pamela hablar con Sthepon Reeves, diciendo que Leevanna estaba experimentando un episodio psicótico debido al estrés emocional. Lhu guardó silencio. Sthepon lo atribuyó a que la fecha estaba cerca del momento en que había sido liberada de East Valley hace un año y medio. Lhu no se atrevió a contradecirlo cuando le preguntó si había otra razón. Sthepon luego le pidió a Lhu que vigilara de cerca de Leevanna, quien al día siguiente ya se sentía mejor. Y para el viernes todo estaba olvidado.

Su siguiente clase, después de un breve receso a las 10 en punto, era la que el profesor Lawrence estaba dando, pero ahora parecía tener un reemplazo. Cuando se abrieron las puertas detrás de los estudiantes, confundidos de por qué no estaban en el ático del aula, todos se dieron la vuelta para ver quién era. “Dios mío, pareces decepcionado”, la risita del profesor Alex Macnamara hizo que todos comenzaran a disculparse de inmediato.

Ella, siendo la profesora de Magia Mentalista, que la mayor parte del tiempo se fusionaba con DAP, era la mujer más dulce que todos deberían conocer al menos una vez en cada vida. La joven era comprensiva, comprensiva y, sin duda, se comportaba como una hermana mayor con cada estudiante que acudía a ella con un problema, ya fuera sobre su clase o su vida personal.

Allhana Michels, Vasilka de tercer año, fue la primera en hablar: —Decepcionada de que no haya recibido un aumento de sueldo, profesora.

El profesor Macnamara se rió, haciendo sonreír a muchos, — Me pregunto por eso también, Allha — la mujer dejó sus cosas en el escritorio y luego caminó hacia el frente del aula. —Deben estar preguntándose por qué estoy aquí — sonrió. —Bueno, eso



es porque su profesor está enfermo, así que, por hoy, estoy con ustedes — terminando con un aplauso, comenzó a hacer un gesto para que todos se pusieran de pie. —Arriba, arriba, hijos míos, vamos a divertirnos un poco.

Mientras el resto de los estudiantes dejaban sus cosas sobre sus pupitres, la profesora Alex chasqueaba los dedos para que las mesas caminaran solas hasta el final del aula, dejando a los estudiantes en una especie de semicírculo alrededor de su profesor.

—Ahora, ¿alguien podría decirme qué es el Plated Shapeshifting”

Lucille White, una Faris, subió la mano al mismo tiempo que Harlee Leighton, otra Faris, pero la profesora le dio la palabra a la primera mencionada. —Es cuando un ser mágico se transforma en una criatura de clase tres — dijo Lucille. —Askard Hellend, el famoso historiador del arte mágico, por ejemplo, que cada luna nueva su ser humano dejaba ser poseído por la de un Hellhound durante un día antes de que llegara la luna creciente — el aullido de Mason y Rhaz hizo que Leevanna volviera a su realidad.

A veces, inconscientemente, se ponía en una especie de estado de piloto automático en el que simplemente seguía órdenes mientras su mente estaba en otra parte. Podía despertarse tres días después y no recordar nada de lo que había sucedido. Había estado pensando en lo insufriblemente ineficiente que era, tanto que ni siquiera recordaba haber entrado en clase.

El hecho de que le hubieran arrebatado la posibilidad de morir debido a la picazón la tenía echando humo por dentro. Era una cobarde, sí, por eso ni siquiera pisaba el borde de la Torre Mirador de los Cielos sin sentir ganas de vomitar antes de sentir el verdadero peso de su decisión.

Aunque no tenía miedo a morir (no le tenía miedo a la muerte en absoluto, tenía tantas ganas de morir y dejar que los gusanos se comieran sus restos mientras ardía en el infierno o tal vez

jugaba al póquer con el diablo), era una cobarde. Una maldita cobarde que no podía intentar suicidarse porque pensaba que iba a decepcionar a toda la gente por no contarles cómo se sentía. Era una extraña combinación de pensamientos.

Pero su cerebro funcionaba así, ¿qué más podemos hacer?

*¿Por qué no te lanzas desde la Torre de Observación?* preguntó su conciencia, como una mini ella que la miraba fijamente con el ceño fruncido.

*No sé*, respondió su propia voz, como si la Leevanna original y la falsa estuvieran tomando el té en una tarde normal. Como una conversación normal entre dos viejos amigos.

—Algunas cosas nunca cambian — se rió la profesora. — Cuidado con tus dos compañeros aquí, podrían estar poseídos — y el resto de la clase se rió mientras los dos chicos chocaban los cinco.

El de ojos de jade miró fijamente la ventana cerrada a su lado. Bueno, esta clase fue ciertamente mejor que simplemente mirar su libro, *Guía Mística de Criaturas Oscuras*, todas las dos horas que la clase estaba destinada a ser. Estaba agradecida de que Madame Alex estuviera aquí con ellos. Sin embargo, ni siquiera estaba prestando la más mínima atención. Sin embargo, sabía de lo que hablaban, pero no le interesaba en absoluto el tema, al menos no ahora.

Leevanna todavía se estaba recuperando de esa picazón, y no había tenido una buena noche el día anterior gracias a eso. En lugar de despertarse a causa de las pesadillas, el fantasma de la picazón ni siquiera la había dejado dormir. Toda la habitación la asfixiaba, por lo que había intentado ir a su sala común, pero había una sensación incómoda dentro de ella de que, incluso si su zona de confort estaba allí, no podría sentirse cómoda en absoluto. Pasear por el castillo también se le había pasado por la cabeza, pero rápidamente se le quitó de la cabeza. Escuchar el viento soplando constantemente a través de las viejas vigas del castillo

no era algo que la ayudara, sino que solo la haría pensar, *tener* pesadillas.

Odiaba tener tantos malditos recuerdos que la perseguían todas las noches.

Odiaba despertarse llorando.

Odiaba llorar en general.

Pero lo hacía con bastante frecuencia.

Eso hizo que se odiara aún más a sí misma por ser tan *débil* y llorona que era vulnerable y frágil hacia los demás. Había pasado por tantas cosas, estaba más que traumatizada... La gente le había hecho tantas cosas crueles que era imposible no llorar y tener pesadillas... Pero a ella no le gustó. Lo *odiaba*.

La voz de su padre siempre repetía en su cabeza, gritándole que era débil, que era una completa decepción, que era frágil, que la gente no la quería, que era culpable de todo lo que le había pasado, que ella era *la* responsable, que necesitaba ser castigada por sus acciones, que tenía que estar *muerta*. Le había dicho la última frase mil veces ahora que la tenía memorizada y la repetía en su cabeza una y otra vez. Estaba tan grabado en ella que tal vez esa era la razón por la que quería hacerlo tan terriblemente.

Había deseado tantas veces estar hecha de piedra o hielo y no prestar atención a sus crueles palabras...

Pero ella no estaba hecha de esos materiales. Era humana. Era frágil. Era vulnerable. Esa era una de los millones de razones por las que había construido su imponente y majestuoso imperio de paredes de hielo. Las crueles palabras no llegarían a ella de esa manera. Su ser vulnerable y frágil quedaría cubierto de esa manera. Podía fingir que no le había pasado nada de esa manera. Estaría segura. Estaría protegida. Sería alabada y temida. Le encantaba el hielo, su imperio. Era letal y hermoso al mismo tiempo.

Es por eso por lo que en la escuela era conocida como la Reina de Hielo después de todo. Era hermosa, pero encerrada en su propio invierno de recuerdos que la quemaban con el sol.

—...es decir, el espíritu que los posee no es algo que la persona adquiere, sino que nace con él debido a diversos factores — explicó el profesor Macnamara. —Esto podría deberse a que un pariente ha sufrido la misma condición, o debido al incesto entre familias con herencia de cambio de forma plateado... Ahora, si la familia no tiene una historia de ello, podría ser que el bebé haya nacido en una Luna Nueva Plateada, es decir, cuando solo brilla la circunferencia de la luna, pero es tan raro como ver un Pegasiphix. Solo una persona nace como Plated Shapeshifter cada cincuenta mil años en una Luna Nueva Plateada; contrariamente a las dos causas mencionadas, que constituyen el 74% de posibilidad.

—Pero, profesora — empezó a interrogar a Terry Golden, de la Casa Vasilka — ¿cómo es posible que los nacidos en el incesto o en la herencia sean menos amenazantes que los de la luna?

Muchos se preguntaban lo mismo, ya que siempre se ha pensado que el incesto de la herencia humana podría controlarse con ciertas hierbas y medicinas para que la transformación no fuera tan dolorosa y no volviera hasta tres meses después.

—¿Su profesor no le ha contado la historia de la luna plateada? — el ceño fruncido que cruzó el rostro de Madame Alex se debió a una mera confusión.

Hope Patrell, de la Casa Faris, levantó la mano: “Ese día era el día de la supervisión, el director y dos submaestros estaban observando la clase. Dejamos a un lado *la Historia y la Aparición de Eventos Oscuros* para hacer un examen oral sobre el conocimiento”.

Madame Alex asintió, con una línea tensa en lugar de labios carnosos. Pero aun así volvió a sonreír.

—Bueno, la historia de una Luna Nueva plateada viene mucho antes del nacimiento de los dioses y diosas. Seguro que has escuchado la historia del hijo perdido de Uttara, la diosa de las estrellas — todos asintieron. —Bien — sonrió. —La primera Luna Nueva Plateada se registró en su nacimiento, aunque esto en sí mismo no tuvo ningún efecto, incluso si era el signo del nacimiento de los dioses, pero no de las diosas, ya que nacen en luna llena... Debido a la capacidad del esposo de Uttara para cambiar de forma en ciertos animales, el hijo también nació con esta habilidad...

Todos los estudiantes estaban sentados en el suelo, escuchando atentamente la historia que su maestro les estaba contando. Y gracias a que ella era su querida profesora de Magia Mentalista, pudo cautivarlos con una proyección de los acontecimientos. — A medida que crecía, y Uttara tenía su segundo hijo, una mujer, es decir, Aztra, el hijo se puso celoso de la atención que recibía la nueva diosa y la forma en que estaba haciendo que su madre se alejara de su hijo, y rápidamente buscó una solución para condenarla a la oscuridad — continuó la mujer. —No fue hasta que Aztra estaba a punto de descender a la Tierra junto a Osnos que el hijo perdido descendió al Infierno, en busca de un remedio para matar a su hermana.

—En el camino, el Hellhound del Infierno lo atacó, dejándole una herida de latigazo en el pecho, haciéndolo regresar al Paraíso ya que el veneno que tenía el Hellhound estaba corrompiendo su cuerpo, haciéndolo caer en la enfermedad tan pronto como salió del Infierno — la profesora rápidamente hizo que el aula se oscureciera. —Al llegar a la tierra prometida, el hijo vio a su hermana, durmiendo plácidamente antes de su boda, y rápidamente pensó en atacarla, *por favor*, queridos hijos, si no quieren escuchar la siguiente parte, siéntanse bienvenidos a bloquear su audición hasta que vuelva a chasquear — después de su advertencia, les dio unos segundos para que hicieran lo que les decía, y continuaron con la proyección mentalista. —Lleno del veneno del arañazo del Hellhound y el odio hacia su propia

sangre, el hijo violó a Aztra, con la esperanza de que el veneno que portaba dentro de él la matara cuando atravesara su carne... — y chasqueó los dedos. —La joven diosa gritó y luchó hasta que su madre y su padre acudieron a su rescate, al igual que el resto de los dioses.

—El hijo fue asesinado rápidamente en el acto con la ayuda de Ineyr, y Aztra curado con los remedios de Dresphy, diosa de la salud, sin embargo... Después de su matrimonio, dio a luz a la descendencia de su violador, un bebé con las tres cabezas del Hellhound y la capacidad de cambiar de forma después de nacer en una Luna Nueva plateada... Creció, excluido del Paraíso y enviado al Infierno, donde, sin que nadie lo supiera, se reprodujo con una concubina.

Las cortinas se volvieron a levantar cuando terminó la proyección.

—¿Y qué pasó con la concubina? — preguntó una chica de Vasilka, Leevanna en ese momento no recordaba su nombre.

—Ella también fue sacrificada — respondió la Madame Alex. —Sin embargo, ella ya había dado a luz a la descendencia del primer Plated Shapeshifters, es por eso por lo que ahora aprendemos sobre ellos, porque esos niños estaban ocultos y, en consecuencia, se reproducían sin el conocimiento de los dioses y diosas.

Después de estas palabras, todos los alumnos ayudaron a la maestra a acomodar los pupitres en cómo habían estado, mientras charlaban sobre el tema que acababan de aprender.

Todo el mundo estaba muy emocionado de aprender la Historia Oscura porque no era algo a lo que muchos de ellos tuvieran acceso, ya que muchos libros y bibliotecas fueron destruidos en la Primera Rebelión como una forma de detener el conocimiento de las bellas artes oscuras para llegar a los cerebros de los jóvenes estudiantes. La mayoría de las familias, por supuesto, estaban muy satisfechas con las nuevas reglas, solo la realeza, que

pertenecía a organizaciones oscuras y, por supuesto, dentro del mercado negro, llevaba la contabilidad de esos libros, ya sea para el tráfico o simplemente para el uso personal de ellos.

Una vez que todo estuvo despejado, la profesora Macnamara se colocó frente a todos los estudiantes. —Bueno, hijos míos, ahora tendremos cuarenta y cinco minutos para que discutan la información de la que acabamos de hablar desde el principio hasta la mera historia que les conté y la escriban en un pedazo de papel, por favor.

—¿Podemos hacer grupos profesora?”

—Sí, querida Allhana — sonrió la mujer. —Pueden compartir sus pensamientos con sus compañero de escritorio o acomodar sus escritorios para hacer grupos, pero no olviden ponerlos en orden después.

E incluso si Leevanna no tenía mucho que decir sobre toda la clase, fue arrastrada junto a sus amigos. Parecía que no podía escapar y estar sola. Se preguntaba por qué ya no se celebraba una luna nueva plateada, ya que seguía siendo una celebración divina. Tal vez la historia había hecho que la circunstancia fuera demasiado oscura, y ahora, como ya no había dioses ni diosas, era solo una pérdida de tiempo. Sin embargo, un pensamiento que le vino a la mente fue el hecho de que había nacido en luna llena. El evento de la...

—Leev, ¿tienes un libro sobre esto, ¿verdad? — preguntó Freya, interrumpiendo el destello de pensamientos, que rápidamente se desvanecen, dejándola con una sensación de rareza.

—Sí, voy a preguntarle a la profe si puedo convocarlo.

— FIN DEL VISTAZO—